

EL COJO ILUSTRADO

AÑO II

15 DE DICIEMBRE DE 1893

Nº 48

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO.. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES. — No se devolverán los que se nos remitan, publiquense ó nó

SUMARIO

TEXTO.—Invocación, *poesía de Ismael Henrique Arciniegas*.—Crónicas Yankées, *por R. B.*—Luz facta est, *poesía del Dr. Eduardo Calcaño*.—Seriedad, *poesía de J. J. Brea*.—Un retrato, *por Pedro Manrique*.—Luis Febres Cordero, *por la Dirección*.—Resignación, *por Don J. M. Manrique*.—El vesterrado, *poesía de Don J. A. Calcaño para la Barcarola de la Srita. Adina Manrique*.—El Misacantano, *por Nicanor Bolet Peraza*.—Revista de la Quincena, *por Eugenio Méndez y Mendoza*.—NUESTROS GRABADOS.—EPITALAMIO.—NECROLOGÍAS.—El Pescador de Islandia.

Recetas útiles.—Índice del 2º año de EL COJO ILUSTRADO.—Anuncios.

GRABADOS.—Panteón Nacional, *de fotografía*.—La Sacra Familia.—Casa número 9, calle Sur 5, *dibujo á la pluma de F. Davegno*.—La Vigía y parte de la plaza Santa Rosa de Cardipano (Venezuela) *de fotografía*.—Vista General de Cardipano (Venezuela) *tomada del Puerto, de fotografía*.—Vista de la calle de la Independencia de Cardipano (Venezuela) *tomada de la casa*

de los señores J. Orsini é hijos, *de fotografía*.—Luis Febres Cordero, *de fotografía*.—Después del tetero, *dibujo á la pluma por Eugenio Méndez y Mendoza*.—El caballo es del rey pero el galán es mío.—La primera riña, *cuadro de Corelli*.—Templo de la Inmaculada en la calle Venezuela (Maracaibo) *de fotografía*.—Autógrafos de Víctor Hugo y César Cantú.—Paseo y kiosko en el Parque Central de Nueva York, *de fotografía*.—Barcarola, *por la Srita. Adina Manrique*.—Pétalos, *vals obsequio de El Cojo, por F. de P. Magdaleno*.—Vista panorámica de París.

El Director de este periódico, señor Don Manuel Revenga, acaba de ausentarse para Europa. De allá seguirá prestando á esta empresa su importante colaboración, enviándonos revistas que serán leídas con mucho agrado por nuestros abonados.

Días de completa satisfacción deseamos sinceramente al compañero y al amigo ausente á quien tanto agradecemos la eficaz cooperación que viene prestando á esta empresa desde la aparición de EL COJO ILUSTRADO, y de quien igualmente agradecidos esperamos la que desde lejanas tierras nos prestará en lo porvenir.

Como una muestra de aprecio y de deferencia al señor Revenga, de cuya colaboración no se priva EL COJO ILUSTRADO á pesar de la ausencia, conservaremos su nombre al frente de esta publicación; y mientras él permanezca fuera de Venezuela hará sus veces nuestro amigo y colaborador Eugenio Méndez y Mendoza.



PANTEON NACIONAL. — Caracas

Damos las gracias al señor D. Nicanor Bolet Peraza, por el siguiente suelto editorial que encontramos en *Las Tres Américas*, periódico ilustrado que edita en Nueva York:

"EL COJO ILUSTRADO.—Dos años lleva ya cumplidos el periódico bimensual que con el título arriba expresado publican en la capital de Venezuela los señores J. M. Herrera Irigoyen y C."

Honra á Venezuela esa publicación, y honra las letras y el arte hispano-americanos. Como obra literaria, le dan prestigio las producciones de elevados ingenios, y como obra artística compite en el mérito de sus ilustraciones con las más exquisitas que se editan en Europa y en los Estados Unidos, siendo de advertir que la mayor parte de los grabados que la publicación caraqueña ostenta, (que son numerosos y excelentes en cada número), se deben á artistas venezolanos.

Con orgullo por los patrios adelantos recibimos siempre á este espléndido colega, y con cariño que se aumenta por la comunión de las tareas, felicitamos á nuestros queridos amigos y compatriotas los señores Herrera Irigoyen y compañeros de empresa, á quienes las letras y el arte en Venezuela deben tan poderoso estímulo, gracias al cual llevan ellos por donde quiera que se hable la noble lengua castellana, el hermoso testimonio de cultura y progresos intelectuales.—N. BOLET PERAZA."

INVOCACION

¡Oh sacra Musa, que calor y abrigo
Das al alma en las noches desoladas!
Al bañarme en la luz de tus miradas
De la carne el espíritu desligo.

De Grecia hermosa bajo el cielo amigo,
A la sombra de helénicas arcadas,

Sobre las viejas ruinas olvidadas
Quiero soñar y meditar contigo.

Suelta al aire tu blanca vestidura;
Muestra á mis ojos las radiantes cimas
Y ahuyéntame el rigor de hados adversos.

Traspórtame á región serena y pura;
Da á mis estrofas las brillantes rimas,
Y pon frialdad de mármol en mis versos.

ISMAEL HENRIQUE ARCINIEGAS.

ben tan poderoso estímulo, gracias al cual llevan ellos por donde quiera que se hable la noble lengua castellana, el hermoso testimonio de cultura y progresos intelectuales.—N. BOLET PERAZA."

CRONICAS YANKEES

New York: noviembre de 1893.

Los viajeros de alguna ilustración y cultura que durante los últimos 30 años visitaban este país, acudían de preferencia á ver tres cosas, la catarata del Niágara, la casa y la tumba de Washington á orillas del Potomac, y la interpretación del teatro de Shakspeare por el actor americano Edwin A. Booth. La famosa catarata aunque acicalada y por tanto empuñada por la mano del hombre, maravilla hoy como siempre á cuantos contemplan el irizado manto de sus aguas, mientras que la tumba solemnemente humilde del patriota sin mancha continúa enseñándonos por modo objetivo la noción de la verdadera grandeza humana. Pero, ¿qué se ha hecho del artista y de su obra? ¿dónde está aquel Hamlet genuinamente shakspereano, según el juicio de los críticos más competentes, que dictaba á los cómicos de la corte la lección tan magistralmente practicada por él mismo? ¿dónde aquel Bruto de pálido semblante, de cabellos cortos, frente de acero y mirada sombría cuya voz parecía concentrar todos los ecos del Capitolio y del Forum, cuando declamaba con el más puro acento la famosa tirada que concluye así: "*pártio; por amor á la libertad de Roma he dado muerte á mi mejor amigo y llevo el puñal para hundirlo en mi propio pecho cuando mi patria así me lo exija?*" Hace ya meses, bien pronto hará un año que Booth posee el formidable secreto tan á menudo inquirido por él sobre el escenario de sus triunfos, *morir, dormir, tal vez soñar*. ¿Creéis en la filosofía?; pregunta el Príncipe danés á su amigo Horacio después de haber arrojado al suelo la calavera de Yorrick. En el lecho de tierra donde los gusanos roen su magnífica envoltura corporea, Booth no tiene ya que hacer tales interrogaciones. Está en posesión de la verdad y descansa, pero de su renombre, de su gloria, de las intensas emociones que nos produjera su magistral interpretación artística ¿qué nos queda?

Musset lo dijo ya con motivo de un igual eclipse.

"Une croix! et l'oubli la nuit et le silence
Ecoutez! c'est le vent c'est l'océan immense;
C'est un pêcheur qui chante au bord du chemin
Et de tant de beauté, de gloire et d'espérance
De tant d'accords si doux d'un instrument divin
"Pas un faible soupir, pas un écho lointain."

Es posible sin embargo que el poeta se haya equivocado. Quien sabe si como el fonógrafo descubierto por la ciencia, el alma humana no conserva y reproduce el eco de las sublimes melodías y de las grandes palabras oídas por ella al través de los siglos. ¿Quién puede afirmar que las sonoras cláusulas de Bello, el épico clamor de Olmedo, la cantante estrofa de Víctor Hugo, la emoción crepuscular de Lamartine, los rasgos del pincel de Goya, el grito de combate de Núñez de Arce, el heroísmo de Ricaurte, el genio de Bolívar, no son resurrecciones misteriosas, ecos adormecidos que despiertan al contacto de ideas y de necesidades análogas, de la impresión que alguna vez produjeran la palabra y la música interpretativas de la obra de Tirteo y de Virgilio, de Esquilo y de Sófocles, de Milton ó del Dante? El verbo humano no genera sólo cuando se transforma sobre la página del libro, el mármol de la estatua, la ogiva del templo, el pórtico de la plaza pública ó el lienzo de la pintura. En esta escala de Jacob que llamamos civilización, hay peldaños invisibles pero no por esto menos eficaces en la divina obra de nuestro ascenso hacia el ideal, y á esa categoría pertenecen los grandes intérpretes del arte que como Booth animaron con el fuego de su alma el genio, las virtudes, los crímenes y hasta las miserias de nuestros antepasados.

No obstante el tráfago de su vida y su preferente anhelo de allegar riquezas materiales, los norte americanos tienen en grande estima á sus poetas y artistas, quizás porque los cuentan en muy escaso número. Vivos los aplauden y los enriquecen. Muertos honran su memoria y se apresuran á levantarles monumentos que per-

petúen su renombre. Seguramente no será en medio de este pueblo donde un nuevo Shakspeare tendrá que ganar su vida trabajando como cómico de la legua, ni donde un Camoens ó un Cervantes dormirán sobre el jergón de la miseria. Aquí las musas son opulentas y el beso de su inspiración no es como en los pueblos de nuestra raza título de menosprecio y pasaporte para el hospital ó el manicomio.

Longfellow, Ticknor-Bryant, Whidam, Whittier y Russell Lowell, vivieron en la comodidad y murieron legando bienes de fortuna. Lo propio ha sucedido y sucede con los grandes comediantes. El padre de Booth, artista él también de un mérito sobresaliente, ganó, perdió y volvió á recuperar durante su vida cuantiosas fortunas. El hijo ha hecho otro tanto, y los bienes que lega por testamento pasan, se dice, de 400 mil pesos.

El trece del mes en curso mil y quinientos admiradores del insigne trágico se reunieron en el Madison Square Garden de esta ciudad con el objeto de conmemorar el aniversario de su natalicio. El vasto salón aparecía decorado con palmas alegóricas y cortinas de color púrpura; en el centro descollaba el busto en bronce del artista, obra del escultor Thompson. Ochenta y cinco músicos componían la selecta orquesta que inició el acto ejecutando la marcha fúnebre de Händl, pieza favorita de Booth, con la cual comenzó siempre sus representaciones de Hamlet, sin duda para preparar por la poesía del sonido las impresiones que debía producir la obra maestra de su repertorio. En seguida Mr. Joseph Jefferson, el amigo de juventud del artista evocó en breves palabras el recuerdo de los hechos más salientes de su carrera social. Narró sus primeros amores y sus primeras lágrimas, sus luchas por la vida y más luego por la celebridad. Exaltó el generoso calor de su alma y los sentimientos de humanidad que rebosaban en su pecho. Su caridad era silenciosa al par que fecunda, como el agua que surge pura y sin ruido del centro de la tierra. Regresando á California en una de sus expediciones profesionales encontró en San Francisco vieja y miserable á una mujer con quien años atrás había representado en las tablas. Abrió tan anchamente su mano para socorrer esa miseria que la antigua actriz no sólo tuvo un pan, sino que gozó de cierta comodidad hasta su muerte. Cuando hace 30 años la ciudad de Charleston fué arruinada por un terremoto, Booth al recibir la noticia recordó al amigo y á la casa que diez años antes le habían brindado allí generosa hospitalidad en unión de su padre, y por telégrafo envió un mensaje de condolencia acompañado de una cuantiosa dádiva, bastante á reparar en aquella casa y en los que la habitaban los efectos del desastre. Mientras doliente y ya próximo á su fin caminaba á orillas del mar apoyado en el brazo de su amigo, declaie en son de confianza estas admirables palabras que bastan para retratar su carácter: no creo que un hombre pueda ser feliz si no es capaz de regocijarse con la dicha de sus enemigos.

Después de que el profesor Jorge Woodberry leyó una elegía, obra suya expresamente dedicada al artista, el insigne trágico italiano Tomás Salvini pronunció en su idioma materno la siguiente breve oración que traducimos de la versión inglesa. "El tiempo será impotente para borrar las gloriosas huellas que este gran artista deja en la historia del arte dramático. Tan ilustre como digno, las generosas facultades de su alma serán constantemente recordadas por la presente y las venideras generaciones. La muerte de semejante hombre es motivo de duelo para la nación entera, y los que le conocieron la discuten tan vivamente cual si fuera la de un sér querido. Aunque en breve y compendiosa exhibición, mostramos hoy sus virtudes y su genio como esos árboles antiguos y proceros que cautivan la admiración del viajero. Entre las satisfacciones que me ha brindado mi carrera dramática relacionada con los intérpretes del arte en todos los idiomas, cuento como la más dulce y de élla me enorgullezco particularmente la de haber sido, aunque por breve espacio de tiempo el compa-

ñero y amigo de Edwin Booth. En la época á que se refieren mis gratísimos recuerdos, tuve ocasión no sólo de admirar el genio distintivo del artista, sino de conocer y estimar igualmente la cultura, la delicadeza de sentimientos y las reglas de honor y probidad que adornaban al caballero. Con sobrada razón gozaba del amor de sus conciudadanos y confiaba en la simpatía y respeto de sus hermanos en el arte, para quienes fué siempre un maestro de buen consejo, de altas enseñanzas estéticas y de noble liberalidad. La institución que organizó para su mutua ayuda y servicio es claro testimonio del perdurable interés que le inspiraron conjuntamente el arte y sus intérpretes.

He dicho ya que en Booth el caballero marchaba al par del artista. Considerado bajo este último aspecto, sería cansado enumerar aquí sus triunfos dramáticos. En cada uno de los cuales se mostraba digno de la fama y fiel á su característica modestia.

Y ahora que Melpómene y Thalia descienden de su trono para darle la bienvenida, que Esquilo, Eurípides, Sófocles, Menandro, Plauto y Terencio lo rodean, que Shakspeare lo toma de la mano y la constelación de los grandes artistas del pasado ciñe cual aureo cerco la estrella de su gloria, ¿hemos nosotros de llorarle? No, la apoteosis del genio convida más á la emulación que á las lágrimas. Tratemos de merecerla nosotros también. La empresa es audaz, pero noble la aspiración."

Otro artista no menos ilustre que Salvini, el comediante inglés Henry Irving á la hora actual el decano de los de su profesión, rindió igual ó parecido homenaje á la memoria de su amigo y compañero en el arte refiriéndose particularmente á la época en que ambos representaron en los principales teatros de la Gran Bretaña.

En su concepto el genio de Booth, herencia de su padre, fué perfeccionado por un profundo estudio de las buenas reglas.

Edwin T. Booth nació en Harford, Estado de Maryland el 13 de Noviembre de 1833. A título de mero aficionado hizo su estreno en el *Boston Museum* el 10 de Septiembre de 1849 con el subalterno papel de mensajero en el drama *Ricardo III* de Shakspeare. Su padre que trabajaba en el teatro Nacional de New York en 1851, enfermó repentinamente en la noche en que debía desempeñar el principal papel de aquel mismo drama. Su hijo Edwin á la sazón de 18 años se ofreció para sustituirlo y logró reemplazarlo á juicio del público que lo aplaudió calurosamente.

En 1856 perdió á su padre de vuelta de una excursión á California, tan desastrosa que los miembros de su compañía tuvieron que hacer á pie por entre los hielos del invierno más de una de las jornadas de la entonces penosísima travesía. Para noviembre de 1864 había reorganizado su compañía y representaba en Boston con sus dos hermanos Junio Bruto y John Wilkes, el último de los cuales debía matar cinco meses después al Presidente Lincoln, el drama de *Julio César*. En esta representación John Wilkes desempeñaba el papel de Marco Antonio. Los que conocen el carácter de ese papel y particularmente la famosa declamación ante la tónica ensangrentada de César, comprenderán toda la ironía del contraste. Ya para esa fecha Edwin T. Booth se hallaba en el zenit de su carrera. Durante cien noches consecutivas representó á *Hamlet* y fué objeto de entusiastas ovaciones. A más del repertorio dramático de Shakspeare, representó los principales papeles en el *Richelieu*, *El Rey se divierte*, *Don César de Bazán* y otras obras francesas. En la *Francesca di Rimini* de Pellico y en *El Drama Nuevo* de Tamayo y Baus extrañamente rebautizado por el traductor inglés con el nombre de *Yorick's Love*. Fué dos veces casado: la primera con Mary Deolin. En 1860 y por muerte de ésta con la señorita M^{rs} Vicker, la dama joven de su compañía en 1869. Deja una hija de aquel su primer matrimonio.

Era el artista de elevada estatura y cuerpo delgado pero bien repartido y airoso en todos sus movimientos. La honda melancolía de su carácter se reflejaba en su rostro oval de fac-



LA SACRA FAMILIA

ciones y tintes enteramente meridionales. Tenía la tez pálida y morena, los ojos grandes, hermosos y llenos de luz, eran negros como su cabello en la época de su juventud, la nariz fina y regular, la boca voluptuosa, y particularmente bellas la frente y la cabeza. Sus cualidades de artista, aquilatadas por jueces tan competentes como el profesor Curtis entre otros, le asignan un puesto al lado de Garrick y de Kean en la historia del arte dramático de nuestro siglo.

La fiesta conmemorativa terminó con la ejecución por la orquesta de una de las piezas del tercer acto del *Romeo y Julieta* de Gounod, propósito de lo cual la ocasión nos convidaba para pasar de una á otra eminencia y decir aquí algo sobre este ilustre maestro cuya muerte alcanzó á balancer dolorosamente el patriótico regocijo de la Francia durante los días en que el gran pueblo estrechaba entre las suyas la mano amiga de los visitantes rusos. Tales reminiscencias están bien en las crónicas de todos los países, atendida la universalidad del divino arte á que ellas se refieren. Las musas del sonido tienen en efecto sobre sus demás hermanas el valiosísimo privilegio de extender hasta los límites más extremos del sentimiento humano el poder y la gloria de aquellos á quienes consagran con el beso de su inspiración. Para el músico creador no hay diferencias de latitudes ni de razas, ni de idiomas, ni aun de estados de civilización. Allí donde no alcanzan la estrofa del poeta, el cincel del estatuario, el pincel del pintor ó la palabra inflamada del tribuno, llegará mientras lata un corazón humano el gémido de la melodía ó el coro armónico de los grandes maestros. Reunido en un salón ó en un teatro á individuos de las diversas porciones del linaje humano, egipcios y lapones, persas y tártaros, ingleses y españoles, holandeses é italianos, americanos del polo norte y de los trópicos, recitables en seguida el *Adios* de Dido ó la elejía de Rodrigo Caro, mostrádes un mármol de Cánova ó un lienzo de Murillo, repetídes el discurso por la corona de Demóstenes ó la fulminante acusación de Sheridan, y el efecto será parcial y por tanto frío. El fuego no habrá prendido sino en algunos corazones, y este admirable poder de sentir, de conmovirse hasta en sus más íntimas fibras y de derramar lágrimas, que es uno de los signos característicos de la elevada unidad de nuestra especie, apenas habrá sido puesta en acción. Pero haced ejecutar en cambio un trozo del *Don Juan* ó una melodía de Schubert, herida la nota siempre doliente, de Pergolèse ó de Bethoven, y al punto veréis realizado el prodigio: todos los ojos húmedos, las manos levantadas á lo alto, las bocas entreabiertas por el entusiasmo ó las cabezas inclinadas por el dolor. Es á la música y á sus divinos intérpretes á quienes corresponde por derecho de naturaleza y no ya como una utopía sino como una realidad ejercer aquel poder universal con el cual ha soñado la ambición de algunos conquistadores.

Principian apenas á marchitarse bajo los primeros soplos del invierno las innumerables coronas depositadas respetuosamente sobre la tumba de Gounod, cuando ya se habla de levantar al ilustre maestro un monumento digno de su gloria y de la nación que lo cuenta entre sus hijos. Una comisión en la cual figuran varios miembros de la Academia de Bellas Artes, ha dado los primeros pasos para el efecto. Todo cuanto la Francia encierra de ilustre ó de distinguido en el arte, en las ciencias, en la literatura y en la política se ha adherido al pensamiento.

La respuesta de Alejandro Dumas está concebida en estos términos: "Contad conmigo para cuanto dignifique la gloria de Gounod." No se ha decidido aún nada sobre el carácter del monumento en prospecto. Es posible, y en todo caso es de desearse que se prefiera el simbolismo del arte á la muda y ya vulgar representación del bronce. La democracia ha invadido la estatuaría, á tal punto que en breve será menester un *cicerone* para reconocer en cada país y aun en cada ciudad las celebridades que han merecido de sus contemporáneos

los honores del mármol ó del bronce. Acaso no esté distante el día en que un nuevo Pirrón mandará á grabar sobre la piedra de su sepultura esta inscripción:—"Aquí yace un hombre á quien seguramente no se le erigirá estatua." Bien merece Gounod que su memoria sea redimida de este rasero de la vulgaridad que á fuerza de decretar sobresalientes, anula virtualmente el sentido y el alcance de sus pretendidos homenajes.

Como ocurre de ordinario en estos casos, la literatura biográfica y anecdótica ha publicado respecto de Gounod, de su carrera y del carácter de su obra tantos retratos y tan variadas apreciaciones, que si las reuniéramos en un conjunto éste resultaría necesariamente monstruoso. Nos limitaremos á recordar la fecha de su nacimiento, la de su celebridad y el juicio que una crítica seria ha emitido sobre su naturaleza artística y las obras que deja.

Carlos Francisco Gounod nació en París el 17 de Junio de 1818, cinco años después de Wagner y de Verdi. Muy joven aún perdió á su padre, que era un distinguido pintor, pero esta falta fué suplida por su madre, mujer animosa y pianista de gran mérito que le enseñó las primeras lecciones del arte. En 36 entró al conservatorio donde estudió el contrapunto bajo la dirección de Halevy y Paër. Ganó en seguida el premio romano y fué á Roma á completar su educación bajo la influencia y los métodos de la escuela de Palestrina. En 1843 estuvo en Viena, donde hizo ejecutar con notable buen éxito una misa ó un requiem. De regreso á París se consagró á estudios teológicos lo que hizo creer en su vocación eclesiástica. Sin embargo la Iglesia no tardó en restituir al arte su futuro sacerdote. Desconocido aún á los 33 años de su edad, un crítico inglés llamó sobre él la atención del público en el *Alteum* de Londres y predijo al joven artista un gran porvenir. Su primera ópera *Saffo*, con libreto de Emilio Augier, así como su colaboración con Ponssard en la tentativa de restauración de la tragedia, no fueron sin embargo felices. Su *Monja sangrienta*, género enteramente dramático como lo indica el nombre y el *Médico á palos*, ensayo de ópera bufa, corrieron igual suerte, pero en 1859 la producción de *Fausto* colocó resueltamente á su autor sobre la cima de la fama. Representada 500 veces consecutivas en París, la crítica alemana terminó al fin por recibirla con igual entusiasmo, no obstante el reparo hecho á su autor de haber bastardeado la obra del poeta. Riemann uno de sus críticos alemanes, clasifica á Gounod entre los eclécticos.

Reconociéndole una poderosa inspiración dramática y originalidad en los pensamientos, advierte en su obra la influencia directa de Wagner y de Weber. En concepto del mismo crítico el genio músico de Gounod, es más alemán que francés, lo que explica la popularidad de su música al otro lado del Rhin. Entre las obras posteriores del maestro han merecido igual favorable acogida su *Romeo y Julieta*, *Mireilla* y *Poliuto*, obra esta última de su particular predilección porque como dice él mismo no ha sido tan afortunada como lo quiere su amor de padre. Merece especial mención su elegía musical titulada *Galia* escrita y ejecutada en Londres en 1871 y en la cual el genio de su autor sobreexcitado por el sentimiento patriótico lloró en notas sublimes los males y desgracias cuasi apocalípticas que á la sazón llovían sobre la Francia.

Recordemos para concluir que empresarios y editores se engañaron también respecto de Gounod, al valorar su ingenio, precisamente con motivo de la más bella de sus obras él y Barbier su colaborador literario no llegaron á obtener la admisión y representación de *Fausto* sino después de una larga y porfiadísima lucha con el director de la ópera, los cantantes, los directores de la escena y hasta con los músicos de la orquesta. En la noche del estreno Barbier guardaba el lecho, enfermo de postración ó fiebre. El editor Choudens que compró el manuscrito de la partitura no dió por él sino la insignificante suma de \$ 1.200 con motivo de lo cual se refiere una anécdota que si no es verdadera es bien forjada. Cierta día llegó Gounod casa

de su editor con un sombrero notablemente viejo y muy deteriorado por el uso. A la observación que Choudens le hiciera sobre el particular el maestro contestó significativamente: qué queréis, es el sombrero de *Fausto*. Algunos años más tarde Choudens pagó 100.000 francos por el *Tributo* de Zamora, que como se sabe no ha obtenido el del público. El Schyllos sintió lo malo del negocio y á su turno usó el emblemático sombrero de duelo. Cómo le observó el maestro, un millonario como vos usa semejante pieza. Qué queréis, es el sombrero de vuestro *Tributo*.

R. B.

LUX FACTA EST

Fué en la tierra de Judea--
Vagando en la cercanía
Del establo de la aldea
Donde el Dios niño nacía,

Un pobre ciego, transido,
Da á tientas con el umbral,
Y, del cansancio vencido,
Se refugia en el portal.

Siéntase allí lamentando,
Melancólico y sombrío,
Que doquier sólo va hallando
La soledad y el vacío;

Que medroso el paso avanza
Temiendo siempre un suplicio:
En el aire, la asechanza,
En el suelo, el precipicio.

A quien turba alguna niebla,
—O ceguedad ó ateísmo—
Todo en el cielo es tiniebla,
Todo en la tierra es abismo.

"No hay luz—el ciego decía—
"Ni hay auroras, ni hay mañanas;
"Sarcasmo, engaño, ironía,
"Burla, mentira, patrañas!

"El orbe es caverna oscura;
"Todo en él es llanto y duelo:
"Gime el ave en la espesura,
"Gime el mar, el arroyuelo;

"Gimen las linfas del río,
"Y el aura gime en la fronda,
"Gime el huracán bravío,
"Y gime la mansa onda.

"Y el hombre, infeliz entanto,
"En su malhadada suerte,
"Sólo tiene un don; el llanto,
"Y una esperanza: la muerte."

Dando punto á sus enojos
Cesó de hablar, y al instante
Siente que los turbios ojos
Algo le hiere punzante.

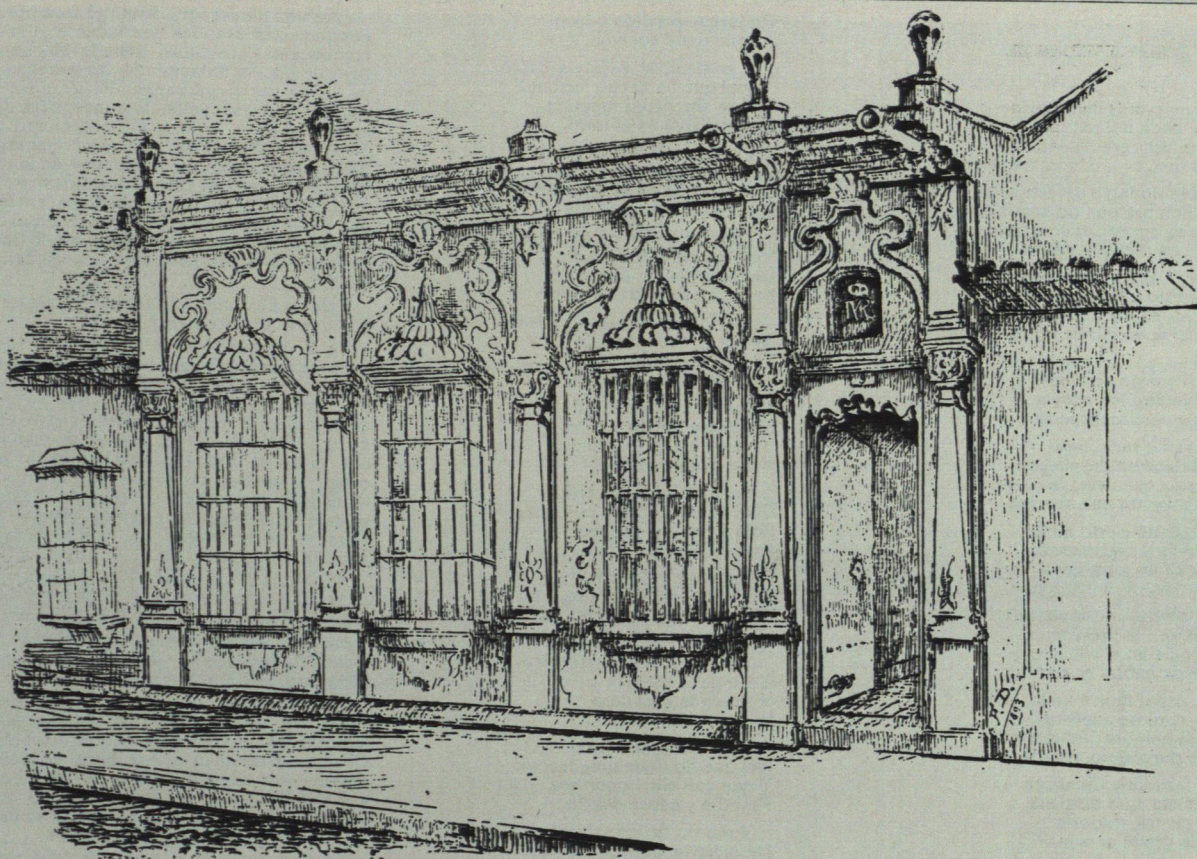
De rodillas cae al suelo
En actitud reverente,
Porque ante sí mira el cielo
Lleno de luz esplendente.

Rebosando de alegría
Se apacienta en la belleza
Con que á la tierra atavía
La madre naturaleza.

Ansioso busca después
El talismán salvador,
Y ve que brilla á sus pies
Sobre el cáliz de una flor.

La mano hasta el suelo baja;
Lo toma y lo observa bien:
Era una arista de paja
Del pesebre de Belén.

EDUARDO CALCAÑO.



CASA N° 9, CALLE SUR 5. — Dibujo de Davegno



LA VIGIA Y PARTE DE LA PLAZA DE SANTA ROSA. — Carúpano (Venezuela)

SERIEDAD

En uno y otro hemisferio
No hay nada tan antipático
Como el sér ceremonioso
Que se llama... el hombre serio.

¿Quién no huye del fantasma
De un hombre que no sonrre,
Que en su gravedad se engríe,
Con la cual á todos pasma?

Nada ví, según discurro,
Tan ingrato y retrayente
Como esa estirada gente
De circunspección de burro.

Por eso, con lengua recta
Declaro yo, sin ambages,
Que abomino los visajes
De la gente circunspecta.

Esa gente seria, sís
A sus labios un despliegue,
Y por más que usted le ruegue
Nunca muestra una sonrisa.

Actitud, de cierto modo,
Hueca voz y acompasada,
Mirar que no mira nada
Aunque quiere mirar todo;

Alto cuello, ancha corbata...
Así siempre la presencio,
Elocuencia en el silencio,
Porque de hablar se recata.

¿Vió usted nunca nada, nada
De tan enojoso aspecto,
Como el hombre circunspecto,
Que de puro serio, enfada?

¿No fastidia y desazona
Y no cansa y no disgusta
La faz tétrica y adusta
De toda grave persona?

La seriedad es un medio
De disimulo, que inspira
Desdén como la mentira,
Y que causa siempre tedio.

Y á la verdad, risa causa
El hombre de seriedad
Que ostentando gravedad
Habla con solemne pausa.

Gravedad!... Eso es fingir,
Es el medio de engañar,
Es el medio de ocultar
El pensamiento, y mentir!

En esos hombres de calma
Estudiada, de andar lento
¿No se adivina al momento
La pequeñez de su alma?

Tal vez no tenga razón
Para hablar con tal rudeza;
Mas, no piensa mi cabeza,
En mí piensa el corazón.

Y si solo con él pienso,
Es suyo cuanto yo digo:
Nada á esas gentes me liga
Y nunca les doy asenso.

Y mira tú! Yo me alegro
De ser como soy, muy franco;
Yo llamo blanco, lo blanco,
Y llamo negro, lo negro.

Y declaro con franqueza
Que la seriedad me embarga
El cerebelo, me carga,
Me da dolor de cabeza.

Y lo repito muy recio
Sin temor á ningún hombre;
A todo le doy su nombre,
Y al necio, lo llamo necio.

Y la verdad, en sustancia,
Es que todo es apariencia:
La seriedad es la ciencia
De darse gran importancia.

Vamos, dí, ¿qué es seriedad?
Y dime ¿qué es sensatez?
¿No es ésta la estupidez
Y aquélla la necedad?

La seriedad!... Abstinencia
Hija de la hipocresía,
Juicio que sólo es falsía,
Cordura... que es apariencia.

Yo detesto al hombre serio
Que, si resbala, se cae...
¿Quién aquel que se sustrae
De la pasión al imperio?

La seriedad es un dón
Que consiste en hablar poco,

En juzgar perdido y loco
Al que tiene corazón.

Y es siempre serio y sensato
Aquel que ha hecho fortuna,
El que sin virtud ninguna,
Es repulsivo en el trato.

Viera yo, de buena gana,
La cara del hombre serio,
De la alcoba en el misterio
A las seis de la mañana!

¿Serio yo? De ningún modo!
Yo gozo en la seriedad
Del prójimo... hilaridad
Busca mi espíritu en todo.

¿Serio yo? Ni aún en misa!
Nunca ví nada tan feo:
Yo río de cuanto veo,
Que todo á mí me da risa.

Las carcajadas seguí,
Sin temor á negra nube,
Y tras el peligro anduve,
Y del peligro refí.

Vamos! A decir verdad,
Cual lo acostumbra mi boca,
Solo á risa me provoca
La estúpida seriedad.

Por eso río de todo,
Del que es pobre, aunque trabaja,
Del que sube, del que baja,
Del liberal y del godo.

Y río de los magnates,
Y río de la riqueza
Y río de la grandeza
Y río de los orates.

Y de la honra me río
Del que no tiene ninguna
Y que con ella importuna,
Fastidia y causa desvío.

Y me río de los sabios
De incierta, dudosa ciencia
Que soez impertinencia
Ostentan siempre en los labios.

Y me río de la Historia
Que gigantes héroes pinta,
En sangre la diestra, tinta...
Y me río de la Gloria.

Me río del despotismo,
Río de la Libertad,
Cual de toda necesidad,
Y me río... de mí mismo.

Y me río del honor
Que brilla allá en alta esfera;
Y si algo á mí me doliera,
Reiría de mi dolor.

Río del mal que me asedia,
De la suerte y su desvío,
Y por último, me río
De la mundanal comedia.

¿Seriedad?... Ni cuando mozo,
Ni ahora que soy ya viejo;
La de los demás festejo
Con risas, y en reír gozo.

¿Serio yo?... Jamás lo fui!
¿Serio yo?... Lo hallé ridículo;
La seriedad es aquello
De un libro... que no leí!

J. J. BRECA.

UN RETRATO!

(LUGARDO RAVEL)

La Providencia se complace día por día en probar al hombre su gran sabiduría y en el campo infinito en que gira eternamente su munificencia desde la tierna yerba de los prados hasta los menudos brillantes que decoran el firmamento; desde el microscópico insecto que germina y se multiplica en los pétalos de las flores; desde la gota de agua que se transforma en perla; desde la piedra informe que se cría en las entrañas de la tierra hasta la luz divina que alumbra las cavernas del cerebro humano, todo, todo cuanto nos rodea nos demuestra al par que su infinita grandeza nuestra infinita pequeñez.

La ley del equilibrio universal, el sistema de las compensaciones, el amor que liga cuanto en la tierra existe ó que establecen las relaciones directas ó indirectas, manifestas ó aparentes, íntimas ó superficiales, conocidas ó no, presiden el mecanismo material ó moral que el ojo contempla, que la razón comprende, ó que el corazón percibe en cada una de sus instantáneas palpitaciones.

Ninguna de las que llama el hombre verdades, aunque estas sean las verdades matemáticas que reconocemos absolutas, tiene la elocuencia de un rayo de luz, la titilación de las estrellas, los copos de la nieve, el garbano del granizo, la germinación de la simiente, la concepción del animal, el perfume de la flor, el sentimiento íntimo, la conciencia del yo etc. etc. y sin embargo á cada paso encontramos en el camino de la vida hombres que por sus resultados prácticos aparecen inteligentes como conquistadores en las batallas que lidian con la materia cuando en el fondo son ciegos, locos, hasta estúpidos en lo moral y en sus relaciones con Dios, con la sociedad y consigo mismos.

Tales reflexiones nos sugiere el estudio fotográfico que queremos hacer.

No necesitamos ni el pincel de Rafael que aún hace respirar á Magdalena Donni en el palacio Pitti; ni el del Dominichino que en las galerías del Vaticano nos presenta á San Jerónimo lleno de humildad y de amor ante el pan eucarístico; ni el de Miguel Angel que en la Capilla Sixtina nos pintó la vanidad, la soberbia, la envidia, el dolor, la desesperación, el amor y las pasiones todas que exacerban el corazón humano—nó—bástale á nuestro intento la brocha gorda de nuestros ensuciadores que dan lechadas de cal y zócalos de negro-humo.

No tratamos de copiar el personaje de Omega que todos conocieron al exponerlo por la funeraria luz que el astro irradian en la historia nacional.

Hombre oscuro nos ocupa conocido sólo en su localidad y á medias comprendido en el círculo mercantil de Caracas y La Guaira.

Vino al mundo como suelen aerólitos frecuentes en los pueblos del Norte; su cuna no se mecía siquiera en el ramaje de los árboles en que los Chactas arrullaban á sus hijos pequeñuelos; no envolvieron su débil cuerpo pañales bordados, ni sus mejillas sintieron nunca el beso cariñoso de la madre. Como yerba silvestre él se formó entre los espinos y malezas de los prados.

No tuvo escuelas y por ende leyó siempre mal y su firma bien pudo equipararse con ventajas á la de aquel Conde que inmortalizó la sátira de Arvelo.

De su infancia se refiere que estando una vez bajo el techo de su seudo-padre, cansado éste de sus travesuras y maldades, en son de supremo castigo al caer el día le llevó al cementerio de su pueblo y le hizo dormir una noche en la bóveda que dejara un muerto.

Lejos de corregirse, su carácter rebelde se exacerbó, no volvió al hogar y si su padre no le acogió en la infancia, él, rico ya, dejó morir en la miseria y el ridículo en su avanzada edad.

Del campo al poblado, del desabrigo á la miseria, del abandono al desprecio, sin Mentor que le aconseje, sin Maestro que le eduque, sin padre que le corrija, sin madre que le ame y le acaricie, corrió la adolescencia y entonces pilluelo sin freno y sin respeto llegó al repartimiento de una hacienda en donde mandadero, caporal ó mayordomo, entre gentes de ínfima clase, tiraba la oreja al burro, manoseaba el hueso, adoraba la Venus etíope, pero no sacrificó jamás en las aras de Baco, ni se solazó con las espirales de un habano.

La guerra de 1859 que arruinó tantas familias, que anegó en sangre la patria, que dió origen á tanto crimen, tampoco á él le perdonó.

Los pueblos tornáronse ceniza, los campos selvas, el ciudadano soldado, la iglesia cuartel: los labriegos huyeron y donde antes las flores derramaban perfume, la tierra bienestar y Ceres risueñas esperanzas, se vieron crecer bucares gigantes, formarse espesas montañas, volar espantada la virtud y batir sus alas con ruido estrepitoso el genio del mal.

También huyó él, dejó el campo, vino al poblado y con el trato de otras gentes adquirió barniz aparente, demostró sus aptitudes para el juego, su flexibilidad de carácter, sus pocos escrúpulos y sus relevantes dotes mercantiles.

Esta época, fija sólido jalón en el camino de su vida. Hasta entonces, hoja seca que el viento arrastra en aguas estancadas; simiente que germina al borde del lodazal, alimafia social que merodea por corrales y gallineros.

Su nueva vida ó la cuenta nueva como decía un cortador comandante de aquellos tiempos, amigo suyo, empezó en una plaza sitiada, en un cuartel desorganizado, cuando las palabras habían cambiado sus verdaderas acepciones, cuando era prueba de partidismo beneficiar (sic) al prisionero.

No era su arma el fusil porque el miedo era su amigo; cargaba el libro de las cuarenta que leía con astucia y no esquivaba los cópitos por complacer á los Jefes ó para ganárselos con su habilidad.



VISTA GENERAL DE CARUPANO, TOMADA DEL PUERTO

Con ellos en el juego, con ellos en la parranda, con ellos en la mesa ó en la orgía obtenía grandes ventajas; no servía, grangeaba amigos, ganaba dinero y pasaba por *godo* que era entonces valiosa recomendación.

Así surgió la fuente de su ulterior fortuna y así se desarrollaron sus facultades para el negocio.

Lefía periódicos nacionales y extranjeros; magullaba libros filosóficos y literarios; se entusiasma con los que más estimulaban sus pasiones, hablaba sobre revistas europeas, citaba nombres geográficos cuya situación ignoraba y apellidos ingleses, alemanes y franceses que decoraba en castellano; le gustaba discutir sobre religión especialmente y Voltaire, Rousseau y Lutero eran sus autoridades; se formó una erudición sui generis, tragaba entero y no digería.

Hacía toda especie de negocios, compraba frutos, pesaba ganados, daba á interés su dinero, negociaba en quiebras, hipotecaba, retrovendía inmuebles y como los cuervos que se ciernen sobre los muertos insepultos de las batallas, él siempre huzmeaba la situación de sus convecinos para negociar sus créditos por dos y colocarlos luego por diez al 1, 1½ ó 2% según era la cosa adquirida ó la necesidad ó la ignorancia del comprador.

Era un monte de piedad siempre abierto, una guillotina amolada, un usurero de gran ciudad, un Moses Helb en nuestros tiempos.

Con su carácter natural, con el desamparo de su infancia, con amistades perniciosas, con lecturas disparatadas, sin escuela, en un cuartel, sin antecedentes, sin creencias en nada ni en nadie, sin nombre legítimo y por último con dinero, era un tipo especial, una escrecencia cancerosa en el cuerpo social.

Tenía seco el corazón, enredado el cerebro, extraviada la razón y por todo esto y con todo lo otro no creía en Dios, negaba la virtud, odiaba la sociedad, burlaba las cocineras, calumniaba las mujeres, no comprendía su lealtad, espía

en su interés á los hombres, le molestaba el bien ajeno, ensuciaba ó procuraba ensuciar al prójimo, y á estar en su mano habría pisado en su caja todos los tesoros del mundo y derramado océanos de lodo infecto sobre la humanidad para darse el gusto de la igualdad y parodiar á Nerón cuando de lo alto del palacio de los Césares cantaba contemplando las llamas que consumían á la ciudad eterna.

No le gustaba la política, pero llegado á su altura, la política era palanca potente para asegurar y acrecer su riqueza y él no era hombre que despreciaba por escrúpulo ningún recurso y en sociedad con el cacique del lugar se lanzó al palenque y se hizo, dando dinero, de lo que le faltaba, un brazo, un instrumento, un muñeco á quien mover.

Ambos de un mismo origen después de godos hicieronse federales; se cambiaron el traje y los que conocimos *tococos* se presentaron *canarios* mientras se disfrazaron de *azulejos* para terminar su papel como loros pintados.

Con aliado tan poderoso después de reaccionar contra Guzmán y de una carrera de cobarde por Oriente volvió á sentar sus tiendas en el lugar de sus afectos y luego buen guzmancista por conveniencia, se hizo autoridad y desplegó entonces las anchas alas de su natural inteligencia.

Su codicia creció, su vanidad no tuvo límites, sus negocios se multiplicaron y su influencia se desarrolló como la del manzanillo que no deja salir yerba bajo su verde follaje.

Aquí empezó la vía dolorosa de un pueblo sencillito y laborioso; entonces se inició década pavorosa que la actual generación no podrá nunca olvidar.

En plena paz, que allí no hay guerra hace veinte años, se ultrajó á vecinos respetables, se vejó al humilde, se persiguió al inteligente, se despojó con el nombre de multas al ignorante, se amenazó la ciencia, se proscribió al independiente, se calumnió al sacerdocio, se apaleó al enamorado, se

hirió al pobre, se asalarió el crimen, se asesinó al valiente, se bailó sobre la tumba de las víctimas, se cometieron delitos atroces que la vil cobardía, el terror cómplice, el apego á miserable peseta cubrieron con su elocuente silencio; se repitieron en fin escenas de salvaje despotismo que sólo vió el sol de aquellos luctuosos días en que las pasiones exacerbadas llevaban por arma la tea, por bandera el odio, por objeto..... el crimen!

El que esto escribe vió repartir en la plaza pública moneda vil por manos que chorreaban sangre á la canalla armada que en oscura y lóbrega noche dejara en playa solitaria el cadáver de un hombre honrado afusilado tres veces, resucitado una y asesinado por último cobardemente con las armas que la constitución y las leyes pusieran en sus manos para garantía de la propiedad y de la vida de los venezolanos!....

Nosotros vimos espantados velar en la cárcel espuestos al público para infundir terror á hombres que los sicarios parientes del verdugo asesinaban en los campos inmediatos; nosotros vimos cortado en trozos, dentro de un saco marcado, el cadáver de un marido ultrajado en el honor de su esposa, después de perseguido, ahorrado y proscribido; nosotros vimos á los asesinos risueños, al crimen soberbio, pasearse por las calles y á la virtud fugitiva, escondiéndose en los rincones; vimos en fin cuadros que llevan al alma espanto y traen á la memoria los lienzos de Goya ó las redomas de cristal que en Florencia conservan vaciados en cera los recuerdos vivos de la peste negra..... á qué seguir?—mejor es olvidar!

Nosotros quisiéramos, teniendo pruebas en contrario, persuadirnos que el original de este retrato no tuvo parte directa ó indirecta en tanta perversidad; quisiéramos persuadirnos que había un brazo que *cortaba* sin su voluntad ó su consejo, pero á falta de pruebas que lo favorezcan están sus antecedentes, sus doctrinas, su ateísmo que le condenan sin atenuantes, formando atmósfera de reprobación, criterio social, jurado moral que falla sin posible apelación.



CARUPANO. — CALLE DE LA INDEPENDENCIA. — Vista tomada de la casa de los señores J. Orsini é hijos

Rico, soberbio, vanidoso, ignorante, ateo, cuando se sintió herido de mortal enfermedad, luchaba en vano con ese enemigo que no se ve, que no manca, que espía su víctima dejándola debilitar en su impotencia, seguro de su triunfo, sin creer que el fuerte, el poderoso, el rico pudiera rendirse falto de fuerza, sin voz, sin movimiento á los rudos golpes de esa sombra que persigue con tezon-incansable en todos sus caminos á la ciega humanidad.

Hasta en ese lance tan solemne quiere encontrarse solo y rechazó temerariamente al sacerdote amigo que por caridad cristiana quería, con la absolución, traerle la compañía de Dios!

Su enfermedad le tornó mudo, no sabía escribir, se debatía de desesperación, maldecía solo y acompañado como el réprobo, de Milton, toma una tira de papel, escribe un logogrifo, saca dinero y lo entrega á la anciana negra, á la fiel nodriza que lo lactó en su infancia, le hace señas que salga, que compre algo que comer y ésta busca, registra botillerías, confiterías, restaurantes, muestra el papel, enseña el dinero, y nadie, nadie, en Caracas traducía sino *patitas, patitas*. que nadie tenía para vender y rabioso, rebelde, desesperado se sentía morir destrozado por los dientes del hambre con \$ 500.000 de fortuna sin darse el gusto inocente de saborear, lo que hubiera sido el placer supremo, unas pastillas azucaradas.

Como vivió murió! el que no supo formar familia ni crear afectos sino vivir solo por sí y para sí sin creencias y sin fe, en su lecho de muerte y á pesar de su riqueza, estuvo solo, abandonado, desechado, entregado á manos mercenarias, renegando de todo, de la mujer, de la virtud, de la sociedad, objeto de burla de lloronas asalaradas, en choza humilde sobre la cual no se cernía el espíritu Sumo, el gran Sér en cuyo seno va á abrigarse en fin de fines como blanca paloma que persigue alevé alcón el alma de los buenos. ¡Paz á sus restos! ejemplo al egoísmo!!

PEDRO MANRIQUE.

SEÑOR LUIS FEBRES CORDERO,

Fundador del Colegio de Nuestra Señora de Lourdes, en Valencia

El señor Luis Febres Cordero, miembro de una respetable familia de Valencia, para quien hace los oficios de padre, y en quien la virtud es hereditaria, se ha distinguido desde muy atrás por sus sentimientos de filantropía, mejor dicho, de verdadera caridad. Con justo motivo dijo de él uno de sus compañeros en ocasión solemne, que, "como los primeros cristianos, había puesto al servicio de Dios, y por El al servicio de sus prójimos, sus bienes de fortuna y sus fuerzas físicas y morales, su vida entera."

"Un hermano suyo, el señor Pro. Doctor J. Gregorio Febres Cordero, fundó en febrero de 1884 el Asilo de Huérfanos de Valencia; y cuando éste murió desgraciadamente en marzo de 1887, los miembros supervivientes de la Junta vitalicia directiva de dicho Asilo, eligieron á Luis para reemplazar en élla á aquel Apóstol de la Caridad. Desde entonces él ha venido consagrando sus más asiduas atenciones al Instituto; y como éste no vive sino de las limosnas de la población, se ve todos los meses al señor Cordero salir acompañado de algún otro de los miembros de la Junta, á recoger personalmente en el comercio algún auxilio con que poder subvenir en parte á las necesidades de los huérfanos.

"En mayo de 1890 entró á ser regentado el Asilo por las Hermanas de la Caridad de San José de Tárbes. Con tal ocasión reconoció la Junta las notables aptitudes de estas Religiosas para la educación de la juventud; y resolvió en consecuencia aprovechar también sus servicios, fundando bajo la dirección de éllas un Colegio de niñas internas, cuyo producto, después de cubiertos sus gastos de instalación y los mensuales corrientes, se aplicara así mismo al sostenimiento del Asilo.

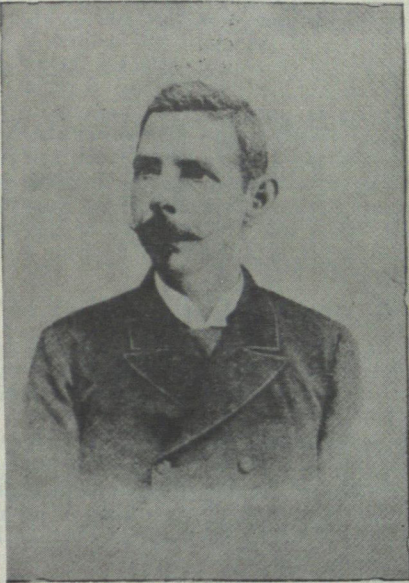
Abierto el Colegio en una de las casas principales de la población en abril de 1891, procedió la Junta á solicitar recursos para la construcción de un edificio propio, adecuado al objeto. Se pensó primero en levantar sólo una casa espaciosa en los terrenos próximos al Asilo; pero á poco se convenció la Junta de que debía construirse desde luego un plantel en toda forma. Se trazaron, pues, los planos; y cuando fueron estudiados y debidamente complementados y calculados, el señor Luis Febres Cordero, lleno de noble entusiasmo y con singular espontaneidad, resolvió echar sobre sus hombros la carga de proveer á todos los gastos de la obra; y así lo ha cumplido.

Ya en número anterior de EL COJO ILUSTRADO hemos tenido el gusto de publicar una descripción sucinta del edificio, y algunas de las bellas vistas de su interior; y ahora, para que se forme siquiera una idea de la magnitud del Instituto, que se inauguró en Enero de 1893, y de la importancia del servicio que el señor Cordero ha hecho á Valencia y á la República, nos bastará observar que, según los datos que hemos tenido á la vista, él ha invertido allí, en edificio y mobiliario, la considerable suma de OCHENTA MIL PESOS.

Pero el señor Cordero no puede menos de estar plenamente satisfecho del resultado; de lo cual puede juzgar y convencerse cualquiera que, como nosotros, haga una visita á este Colegio de Nuestra Señora de Lourdes.

*

En cuanto á la belleza arquitectónica de la obra, que es de primer orden, así en su parte exterior como en lo relativo á su admirable disposición interior, debemos hacer justicia al señor Dr. Lino J. Revenga quien se hizo cargo de ejecutarla sin remuneración alguna, pues dicho Doctor á sus grandes talentos como arquitecto, une los timbres de la más pura filantropía.



DON LUIS FEBRES CORDERO

Las salas de recibo de la obra, que se comunican directamente con el pórtico, están dispuestas de tal modo que las visitas no distraigan la atención del Colegio; y cuando alguna alumna deba ser llamada á ellas, se lo hace por micrófonos que van al interior del edificio.

Su capilla, para la oración diaria y para las misas en días feriados, se enlaza con el salón de estudio, que sirviéndole de nave, da cómodo lugar para más de cien personas.

Las religiosas que no estén por la noche de servicio, tienen su habitación independiente, pero en comunicación fácil con todo el edificio, y provista de todos los utensilios necesarios.

Las tres grandes salas dormitorios de las alumnas, con sus cien camas y veladores uniformes, están comunicadas entre sí, y dispuestas en una ala, para facilitar de este modo la vigilancia que las religiosas, de servicio hacen durante la noche.

La enfermería está montada con diez camas, y con todos los utensilios adecuados.

El comedor, á más de sus lavabos y de su grande y bien provisto aparador, contiene holgadas cuatro mesas de extensión de veinte y seis cubiertos cada una.

Las tres salas de clases están montadas por el sistema más adelantado de Norte-América. Sus escritorios de estudio, fijos en el piso y dispuestos en calles longitudinales, dan libre acceso á la profesora para atender individualmente á cada una de las alumnas, y permiten la entrada y salida de estas últimas sin perturbar en nada á sus compañeras. Todos los escritorios dan frente hacia la cátedra de la profesora.

Claustros espaciosos, con vista hacia los patios ó jardines centrales, y provistos de aparatos de gimnasia adecuados, sirven á la vez para el estudio y para el recreo de las alumnas.

Formando ángulo recto con todo este cuerpo principal, ó sea, Colegio propiamente dicho, están los departamentos de servicio doméstico y el de aseo de las niñas. El primero ocupa el fondo; contiene todas las habitaciones del servicio y las dependencias de cocina, plancha, lavado, y recibo y entrega de ropa; y se comunica con el cuerpo principal por solo un pasadizo que da al comedor, y con la calle por una puerta especial, cuya llave está en manos de la religiosa vigilante. Otro pasadizo establece la comunicación con el departamento de aseo; y éste contiene los lavabos, los baños y excusados de estilo norteamericano, y el gran salón de vestuarios, cuyos costados y línea central están completamente cubiertos por grandes muebles que, por compartimientos cerrados y aislados entre sí, constituyen cien escaparates completos para las alumnas. De este departamento se pasa á un

terreno que se está cultivando con destino á parque de recreo.

La dirección superior del establecimiento está á cargo de la Junta del Asilo de Huérfanos. Esta Junta, constituida hoy por los señores Dr. Lino J. Revenga, Luis Febres Cordero, J. Antonio Unda y Dr. Pedro Castillo, hace al Colegio una visita de inspección en cada semana.

La dirección interior y la educación y enseñanza de las alumnas está á cargo de las Hermanas de San José de Tarbes, una de las cuales es Superiora, y todas ellas institutrices tituladas. Hoy hay cinco; y están para llegar otras cinco, y con ellas algunas legas para el servicio.

Las directoras, cuidando de inspirar á las alumnas el orden, la economía y el gusto al trabajo, ejercen sobre ellas una vigilancia constante, suave y amistosa, acompañándolas, no sólo en las clases, sino en las recreaciones y durante el sueño, y cumpliendo para con ellas los deberes de madres.

El conocimiento de la doctrina cristiana y de los deberes que ésta impone, entra en el plan de cada una de las secciones en que, por su edad y por sus adelantos, están divididas las alumnas, para dar á este estudio todo el desarrollo que merece.

Las otras materias del programa son: Lectura y declamación; Escritura; Gramática castellana; Idioma francés; Historia; Geografía y nociones de Cosmografía; Aritmética; Nociones de Historia Natural, de Física y de Química; Dibujo; Piano y Canto; Obras de aguja y algunas otras de adorno; Nociones de lo indispensable para el buen manejo de una casa; y ejercicios generales y prácticos de cortesía, cultura y trato social.

El idioma propio del instituto es el francés, del cual se les enseña la teoría, y en cuya práctica adelantan rápidamente por el trato constante con sus profesoras y con aquellas de sus compañeras que ya lo conocen; de modo que están obligadas á no hablar sino en él desde que cumplen seis meses de su ingreso en el Colegio.

Los medios de emulación son: las buenas notas, el orden de procedencia, los billetes del cuadro de Honor discernidos por la Junta Directiva al fin de cada mes, y los premios que se distribuyen al fin del año escolar.

Pequeñas fiestas de salón, con piano y canto, y otras anuales de representación escénica, como torneos de declamación, dan muestra á las familias del adelanto de las alumnas, y acostumbra á éstas á comportarse y á lucir en sociedad con la debida modestia pero sin afectación ni encogimiento.

Todas las clases, con excepción de la de Gramática Castellana, en que como estudio práctico se hacen ensayos de composiciones literarias y de correspondencia epistolar, y que la Junta ha puesto al cargo del idóneo profesor Doctor Pedro Castillo, son servidas por las Hermanas institutrices. Y ésta es sin duda una de las mejores garantías del buen desempeño, pues no las mueve en ello ni el interés, ni la emulación, ni motivo alguno mundano, sino el servicio á Dios. Cualquiera descuido, cualquier falta á sus deberes profesionales, sería considerada por ellas como culpa grave, por lo cual comprometerían su salvación eterna.

¡Cuánto no merecen de la Humanidad y de la Patria hombres como el señor Cordero que consagran su vida toda y el producto de su constante trabajo al bien de sus semejantes, y al adelantamiento y progreso de la sociedad en que nacieron! Loor eterno para tales benefactores!

RESIGNACION

DEDICADA AL DOCTOR EDUARDO CALCAÑO

Burdeos: 7 de mayo de 188.....

Eugenia, amiga querida:

Cuánto me contraría ir á nublar con el recuerdo de mis penas, el límpido cielo de tu dicha; pero ¡ah! si se le arrebatase al dolor su cruel egoísmo, se privaría á los infelices del mejor consuelo.

Mis penas, mis dolores. ¡Ah! Si al menos me fuese dado entregarme á ellos: si pudiera paladear mis tormentos: si pudiese llorar en todos los instantes á la madre adorada que me arrebató la tumba: si mi pensamiento pudiera seguir paso á paso á mi padre infortunado, á quien persigue hoy la noticia horrible de su viudez y de nuestra ruina, yo sería todavía muy infeliz, es verdad; pero hallaría fuerzas en la grandeza de mi infortunio, y alivio en la crueldad de mi dolor.

Pero no: debo dar tregua á mis lágrimas, sobreponerme á los terrores que la ruina inspira, y olvidar al padre adorado, que en las soledades de los desiertos, ó entre las turbas salvajes del Africa, sirve la ciencia y solicita gloria, sin sospechar que el destino lo ha herido de muerte: debo dominar las rebelías de mi corazón hoy angustiado, para ocuparme en las exigencias de mi posición actual.

¿No es eso, mi Eugenia querida, peor que las penas, más duro que el dolor, más cruel que todas las pesadumbres?

Llorar, gemir, pensar en su tormento, apurar la amargura, entregarse á su duelo dime, ¿no es un alivio, no es el único placer de los dolores?

Después de la inesperada catástrofe que nos hundió en la ruina, y que dió margen á que mi madre muriera de dolor; después que se cambiaron en espinas las flores de mis esperanzas, he aprendido mucho, ¡ah! mucho.

Soy joven, tal vez muy joven, pero siento el alma vieja..... Se vive tanto cuando se padece! Son tan largos los días en que se llora! Se mira tan claro al través de las lágrimas!

Cuánto he aprendido! He aprendido á no esperar, ó á no esperar sino dolores.

Peró qué es lo que hago, amiga mía! Acaso creerás que la pesadumbre me ha enloquecido.

De otro modo no se explicaría que cometiera la indiscreción de atormentarte con mis quejas.....

Perdóname; pero tú sabes que el corazón de una amiga tan buena como tú, debe ser dulce refugio de una criatura tan infortunada como yo..... Y cómo decirle que no solicitase las fuentes del oasis, al viajero del desierto que camina tostado por el sol y abrasado de sed?

Adios mi Eugenia querida, no olvides á tu pobre

Graziella.

París: mayo 10 de 188...

Mi querida Graziella:

Cuántas lágrimas me ha hecho derramar tu carta!

Cuán bien se revela en ella tu gran corazón!

Comprendo, mi pobre amiga, que el tormento de tu existencia, tiene mil pormenores terribles, tan terribles, que sin aliviar tu pena, secan tu llanto.....

Ver trocado de repente el tesoro del amor de la madre, por la pena de su eterna ausencia: cambiar el bienestar de la riqueza por las cadenas de la ruina; la dicha y alegría de una vida opulenta de placeres, por las agonías de la ingrata dependencia, es, bien lo sé, mi amada amiga, algo horrible que debe producir para el alma tormentos infernales.

Sí, comprendo todo eso y mucho más; pero me halaga la esperanza de que tu espíritu levantado, la energía de tu carácter y sobre todo, tus nobilísimos sentimientos, han de sobreponerse á las miserias que hoy



DESPUÉS DEL TETERO. — Estudio de Eugenio Méndez y Mendoza

te afligen; y que no muy tarde, te harás amar de la que es hoy tu familia, y te harás amar como tú lo mereces.

Raúl debe estar hace días en Burdeos. ¿Lo ves con frecuencia?

Su amor será para tí dulce consuelo.

Tu tío es siempre bueno contigo? Clara, su esposa, tiene buen corazón, pero no sé si Emilia y Carlos son para tí tan delicados y afectuosos como mereces.

No debes, mi querida amiga, desesperarte: mira que no hay en la vida dolor que Dios no pueda aliviar: no hay noche de pesadumbres que la Providencia no pueda cambiar en aurora de felicidad.

Escríbeme, siempre, que tus cartas, aunque me hagan llorar, ó por que me hacen llorar, alivian mi dolor. No olvides Graziella mía, que tus penas no serán tuyas solamente mientras viva.

Tu amiga que ama

Eugenia.

Burdeos: 15 de mayo de 188...

Mi queridísima Eugenia:

Tu carta, tu hermosa carta ha venido á convencerme de que no soy completamente infeliz, pues que aún cuento con el cariño de un corazón tan bueno y tan noble como el tuyo.

Gracias, mi Eugenia, Dios recompensará el alivio que me brindas: no es caridad mayor; calmar la sed del sediento.

Cuando te hablé de las exigencias de mi falsa posición, olvidé añadir que en esta familia, no he hallado sino afecto, benevolencia y delicadas atenciones.

Mis tíos, pretenden, con sus bondades, hacerme olvidar la orfandad; y mis primos, se empeñan en que olvide los tormentos de la ruina.

No me referí pues á esta familia, en la cual no he hallado sino motivos de gratitud.

Mis palabras aludían á esa multitud de pormenores dolorosos, de que se compone la existencia de quien pasa por tan terrible transición: pormenores muchas veces inapreciables para todo aquel que no está sometido á la ruda prueba.

Aunque mis tíos me colman de atenciones, no por eso olvido, ni por un instante, mi verdadera situación, y he puesto empeño en aligerarles en lo posible la carga.

A pesar de la obstinada oposición que me hicieron, tanto y tanto me he empeñado, que al fin me he constituido en institutriz de los niños Alfredo y María, de quienes al fin lograré hacerme amar si Dios me oye.

No tienes idea de lo que me ha costado esta empresa; pero al verla realizada, me encuentro más dueña de mí misma, más independiente y..... te lo confesaré, más activa también.....

En mi posición yo no debo aspirar únicamente á ser apreciada y querida, sino á hacerme útil, necesaria, indispensable si posible fuese.

Me preguntas si veo con frecuencia á Raúl?

Sí, y tal vez con demasiada frecuencia.

Ahora voy á hacer una confesión, que es la historia de un nuevo dolor.

Si hubiese algo capaz de haberme hecho olvidar mis pesadumbres; si de mi mente se hubiese borrado el recuerdo de mis penas, y si la razón ofuscada, no se diese cuenta de mi verdadero estado, Raúl, ese, cuyo amor dices tú, que me servirá de consuelo, habría de hacerme recordar siempre la catástrofe de que fuí víctima.

¿Te sorprendes, Eugenia? Creerás que voy á acusar á Raúl de indiferencia ó de frialdad, y te equivocas. No..... Nunca fué más

obsequioso ni más amante; y sin embargo, hay en sus palabras, en sus manifestaciones y en sus obsequios, algo nuevo, algo extraño que, al principio me lastimó, y que después me puso de manifiesto, mejor que nada, el cambio fatal de mi destino.

Ya no es aquel amigo apasionado, respetuoso y noble, que se manifestaba honradísimo con nuestro afecto y con mis referencias, sino alguien que se inclina, que favorece y protege. Comprendes eso, Eugenia?

No, no es esto preocupación de un espíritu enfermo; es el resultado de frías observaciones.

Más aun: voy á abrirte mi corazón para que leas hasta en el fondo de él.

Mira, Eugenia mía, te dije antes, que Raúl no se manifiesta indiferente; pues bien; ahora añadiré que se exhibe amantísimo y hasta apasionado.....

Sí, apasionado; pero mira, hay á las veces en sus palabras un acento extraño que me sorprende, y en sus miradas cierta expresión osada, que me daría miedo, si no me inspirase, si no me inspirase desdén..... Lo has leído? desprecio.....

Y te protesto que tampoco deliro ni exagero.

A qué debo atribuir esa conducta de Raúl, sino á mi posición actual y á su miseria?

Tu sabes que nunca me inspiró mucha confianza: te consta que si acepté sus obsequios, fué más por complacer á mis padres, que por seguir mi inclinación.....

Te recuerdo esto, para probarte que la conducta de Raúl me ha sorprendido, pero que no me ha mortificado gran cosa.

Todavía no he recibido noticias de mi pobre padre. ¿Dónde se encontrará! Dios mío!

No olvides á tu infeliz

Graziella.

París: 19 de mayo de 188.....

Graziella querida:

Muy grata me ha sido la lectura de tu última carta; pues por ella veo que te has hecho amar, como mereces, por tus tíos y primos.

De manera tal me consuela que hayas hallado en esa familia amor y aprecio, proporcionándote así un hogar soportable al menos, que poco me ha impresionado lo que me dices respecto de la conducta de Raúl.

Sé bien que tú nunca lo amaste con pasión; empero, la misma frialdad de tu afecto, hasta cierto punto, me explica la severidad de tus juicios respecto de ese joven.

Tu no ignoras, mi pobre Graziella, que muchas veces influye en nuestros juicios, el prisma al través del cual se ven las cosas.

Ese prisma es para tí hoy una lágrima; y el llanto todo debe oscurecerlo ó empañarlo por lo menos.

No, no te contrarío: conozco la claridad de tu criterio; pero eso no obstante, es necesario esperar que algo confirme tu juicio. Nunca me deslumbró Raúl; pero francamente, no lo creí capaz de semejante proceder, ni sospeché que abrigase sentimientos innobles.

Graziella, es necesario esperar: es necesario confiar en la bondad divina.

Te abraza tu afectísima amiga de corazón

Eugenia.

Burdeos: 21 de mayo de 188.....

Amada Eugenia mía:

Gracias, mi querida amiga, por tu última,



EL CABALLO ES DEL REY PERO EL GALÁN ES MIO

carta. En ella me decías que era necesario esperar algo que confirmase mi juicio acerca de Raúl; y al contestarte hoy, puedo afirmarte que ese algo no se ha hecho esperar mucho.

Las visitas de éste se hacían cada día más frecuentes, y á pesar de mis reservas, se manifestaba más y más apasionado, pero al mismo tiempo menos respetuoso, y menos circunspecto.

Aquel proceder me contrariaba, y todos mis esfuerzos no lograron hacerlo retroceder en el camino que viene trillando después de mi ruina.

Mi conducta reservada y mis severas observaciones lo exaltaron hasta el punto de hacer gala de una autoridad, y de una con-

fianza tales, que verdaderamente me humillaban.

Trataba de evitar un rompimiento escandaloso, y él, sin duda creyendo que, en mi estado, debía soportarlo todo, no sólo se manifestó ya confiado en su autoridad, altivo y hasta un tanto desdenoso como amante-protector, sino que llegó hasta pretender emplear familiaridades que no podían tolerarse.

Una tarde en que nos hallábamos solos en el salón, Raúl, tomando mi mano y mirándome de manera extraña me dijo:

—Verdaderamente, Graziella, que es incomprensible tu conducta.

—Lo mismo podría decir de la vuestra.

—De la mía?

—De la vuestra; pues que no puedo explicarme el cambio que en vos observo.

—Acaso me acusas de indiferente?

—Yo no os acuso de nada, Raúl: sólo os digo que después de la catástrofe, no sois para mí el mismo de antes.

—Te amo lo mismo: tal vez más, añadió acercándose á mí.

—Raúl, dije yo entonces con firmeza; después de lo que ha sucedido y consumada como está mi ruina, es absolutamente indispensable que arreglemos nuestra conducta á las exigencias de mi posición.

—No comprendo cuáles serían esas exigencias.....No puedo ser más expresivo.....

—Raúl, no queréis comprenderme, ni yo deseo tampoco explicarme mejor; pero sí



LA PRIMERA RIÑA. — Cuadro de Corelli

os diré que si no me prometéis ser para mí ahora, lo que antes fuisteis, os protesto que nuestras relaciones han de terminar en seguida.

—De manera que me amenazas?

—Hago una advertencia; y añadiré que vuestro extraño proceder ha lastimado mi delicadeza en muchas ocasiones.

—De veras? contestó riéndose..... ¿De modo que lo que debía humillarte, te hace altiva? De manera que cuando deberías suplicar, hieres? De modo que desdeñas lo que sólo gratitud debería inspirarte?

Aquellas frases y el tono sarcástico con que las pronunciaba, helaron la sangre en mis venas, y me hicieron ver de relieve las deformidades de aquel espíritu mezquino.

—Ah! Conque según eso, la ruina mía os ha proporcionado ventajas sobre mí?

—Pues quién lo duda, hija? contestó tratando de poner el brazo sobre mis hombros.

Aquello puso colmo á mi indignación. Comprendí que el miserable llevaba su osadía hasta el punto de querer explotar vilmente mis infortunios, y poniéndome en pie, le dije con vehemencia:

—Nunca os creí modelo de nobleza, pero es ahora cuando puedo valorar bien la mezquindad de vuestros sentimientos..... Raúl, si creísteis que el infortunio abatiría mi carácter, hasta el extremo de soportar vuestros ultrajes, os equivocásteis miserablemente: hoy soy más altiva, más digna y más severa..... Vuestra conducta es inno- ble: me inspira desprecio.....

Estaba exaltadísima: la indignación me cegaba, y no sé cuantas cosas más le hubiera dicho, si en ese momento no hubiese aparecido Carlos á las puertas del salón.

Procuré disimular, y poco después se despidió Raúl sonriendo con aire burlón y amenazador.

Ya ves que se han realizado mis presentimientos.

Cuando codiciaba rica dote, era respetuoso, delicado y circunspecto; cuando el infortunio hirió á mi familia, decidió explotar mi ruina.....

Desde esa tarde no he vuelto á encontrar- me á solas con él: por eso no han terminado nuestras relaciones.

Cuando eso suceda, me habré quitado un peso de encima.

Te abraza con el alma tu amiga que te quiere muchísimo.

Graziella.

París: 27 de mayo de 188...

Mi querida Graziella:

Conque el destino aun te reservaba esa otra prueba!

Conque Raúl era ayer un hipócrita y hoy un malvado!

Deja, mi querida amiga, que aun abrigue esperanzas de que ese hombre se rehabilite; pero si eso no se realiza, debemos bendecir la Providencia, la que por medios tan misteriosos, te ha librado de un monstruo.

¡Cuánto has debido padecer!

Si no me fuese imposible, iría á llorar contigo. Tus lágrimas no pueden ser suficientes para llorar tantos dolores.

Te abraza tu

Eugenia.

París: 30 de mayo de 188.....

Mi buena amiga Graziella:

No me has contestado mi última carta, y sin embargo vuelvo á escri- birte, porque tengo que cumplir un encargo de mi padre: un encargo que me llena de satisfacción, pues se trata nada menos que de dar una buena noticia á mi Graziella.

Tiempo era ya de que la Pro- videncia enviase algún consuelo á tu corazón, tan lleno de pesa- dumbres.

Prepárate pues, para enterarte de una buena noticia; no te dejes sor- prender, mira que tu pecho, habi- tuado á las amarguras del dolor, puede padecer rudo choque al dar cabida á la esperanza.

Acaba de encargarme mi padre, de anunciarte que dentro de pocos días abrazarás al tuyo.

Algo me dice que tan oportuno regreso, efectuado cuando menos lo esperábamos, ha de ser para tí no

sólo un consuelo, sino el principio de días dichosos, de época feliz.

Sí, Graziella, Dios se ha apiadado de tí: vas á ser muy feliz.....

Aquí está tu primo Carlos: lo he visto varias veces, y á juzgar por todo lo que habla de tí; por las cosas que de tí re- fiere..... ¿qué te diré? te diré que tienes en él un verdadero admirador.....

No será más que eso?

Lo dudo mucho, pues observo en sus pala- bras tal entusiasmo cuando habla de tí, y brillan sus ojos de tal modo, cuando yo hago lo mismo, que sin aventurar mucho, podría creer que es más que admirador. No, no te enojos: si hoy me manifesté indis- creta, es porque tú fuiste demasiado, demasiado reservada con tu

Amiga que tanto te quiere

Eugenia.

Burdeos: 5 de junio de 188.....

Mi Eugenia querida:

Tengo dos cartas tuyas sin contestar; pero estos días han sido para mí de profundas conmociones, las que no han logrado hacer que te olvide, mi querida amiga, pero que sí me han impedido escribirte.

A tí debo el primer consuelo, que, como un relámpago, brilló en la noche de mis desventuras: fuiste tú quien me dió la noticia del regreso de mi padre, á quien no esperaba volver á ver.....

Qué feliz me hiciste! Cuantas veces te abracé con el alma!

Pero voy á enterarte de lo que aun se- guramente ignoras.

Dos días después de haber recibido tu carta llegó mi padre.

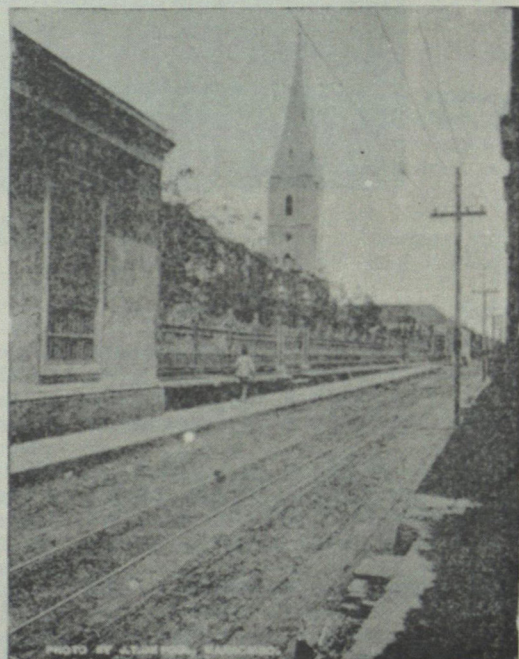
¡Cómo darte idea de nuestra primera entrevista!

Cómo explicarte lo que sentía!

Imposible! Abrazados en silencio, por mucho tiempo se confundieron las lágri- mas que nos arrancaba la ausencia del ángel que nos robó la tumba.

Después, mi padre me contemplaba un momento, y luego volvía á correr su llanto.

Y sin embargo, yo era feliz: sentía un consuelo infinito que refrescaba mi alma y reanimaba mi corazón.



TEMPLO DE LA INMACULADA EN LA CALLE VENEZUELA (Maracaibo)

Monsieur Pura - Bolívar
consul de Venezuela
47, boulevard François 1er

à Havre

pour transmettre à
monsieur le général Sackar
commandant ministre de l'impresse de Venezuela

Paris - 17 mai
1877

Monsieur

J'ai pu enfin lire votre
remarquable travail. Je
félicite votre pays d'avoir
dans son histoire un citoyen
comme Falconi et dans sa
littérature un historien
comme vous.

Envy aux félicitations
cordiales.

Victor Hugo

AUTOGRAFO DE VICTOR HUGO

César Cantu

augura a tutti gli uomini illustri di avere
un biografo quale il Sig. Jacinto J. Pachano

Milano 25/82

AUTOGRAFO DE CÉSAR CANTU

Pasados esos momentos de supremas conmociones, mi padre me dijo con acento de profunda tristeza:

—Y lo más desesperante para mí, es, hija mía, que tu pobre madre sucumbió herida por un temor infundado.

—Cómo infundado, padre mío!

—Al menos exagerado por demás.

—Ah! nadie puede tener idea del efecto que en mi pobre madre produjo la noticia de la quiebra del banco, en el cual estaban todos vuestros caudales..... Fué horrible!

—Ese es el error: yo no tenía allí sino una parte: pues antes de partir, retiré la otra.

—De modo que la ruina.....

—Nunca existió..... Sin la muerte de tu madre, ah! seríamos felices..... Aun somos bastante ricos.

Aquella noticia, me hizo bañar en lágrimas.....Pobre madre mía!

Y yo que bendecía su muerte, porque la había salvado de los tormentos de la miseria! No puedo más.....Te abraza tu pobre

Graziella.

París: 7 de junio de 188...

Ya ves, mi queridísima Graziella, que todo dolor tiene consuelo y toda virtud recompensa!

Dios, en su bondad infinita, ha aliviado tus penas, y espero que no muy tarde, las ha de cambiar en dicha.

Algo me dice que ese momento no está lejos; algo me hace sospechar que en la noche de tus pesadumbres ya brillan claridades de aurora.

Pero no debo añadir sobre esto ni una palabra más, pues tus reservas me prueban que sería indiscreta si tal hiciera.

He visto muchas veces á tu primo Carlos, y nunca hemos logrado sostener conversación en la que tú no fueses el tema.

Por cierto, que me ha sorprendido muchísimo observar que Carlos, lejos de alegrarse, como yo me alegré, al saber que tu padre no está arruinado, se ha entristecido por demás.

Todo esto me prueba que nunca fuiste antes tan reservada conmigo.....

Estaré engañada?

Espero que pronto nos abracemos, pues entiendo que tu padre regresa á París.

Nada me dices de Raúl en tu última.

Te ama como siempre

Eugenia.

Burdeos: 10 de junio de 188.....

Mi queridísima Eugenia:

Deseas que te hable de Raúl?

Pues bien, por última vez lo haré.

Después de la entrevista que te referí, él continuó visitándonos; pero yo hice de manera que le fuese imposible hablarme á solas.

Esto lo contrariaba, y para vengarse quizá, seguía afectando su irrespetuosa confianza, y alardeando de altivo protector.

Después que regresó mi padre, y que se hubo enterado de todo, cambió de conducta, esforzándose luego por manifestarse tan solícito, discreto y respetuoso, como antes de la catástrofe.

Ya se vé que el nuevo cambio en nada modificó mis ideas.

Un día entré al salón con mi padre, y éste, dirigiéndose á mí muy sonreído me dijo:

—Aquí traigo á Raúl, quien me ha dicho que tiene mucho que sentir de tí.

—De mí? eso dice?

—Y añade que estás refida con él; por

lo cual le he prometido que se harían las paces.

—Pues habéis prometido, padre mío, realizar un imposible, contesté inmutada, pero con firmeza.

—Imposible!

—Así lo juzgaréis, señor, cuando conozcáis las razones que tengo para afirmarlo.

Y sin añadir una palabra me retiré del salón.

Más tarde, cuando se enteró mi padre del proceder de Raúl, aprobó en absoluto mi conducta.

Raúl no ha vuelto.

Ahora, mi querida Eugenia, no sé cómo contestar parte de tus últimas cartas.

Pero es preciso, y para ello te haré dos confesiones. Oyelas.

Confieso que he sido reservada contigo por primera vez.....Confieso..... confieso que tus suposiciones respecto de Carlos son acertadas.

Ahora, no falta sino que perdones á tu amantísima

Graziella.

AIMOND AIMÉ.

EL DESTERRADO

POR D. JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

¡Ha llegado el instante funesto!
Ya se agita la gente marina,
Y me anuncia la sorda bocina
Que me aguardan el viento y el mar.
Ya en las cuerdas las velas se aprontan,
Ya el mandato de «leva» resuena,
Y hace el són de la férrea cadena
El bajel y mi pecho temblar.

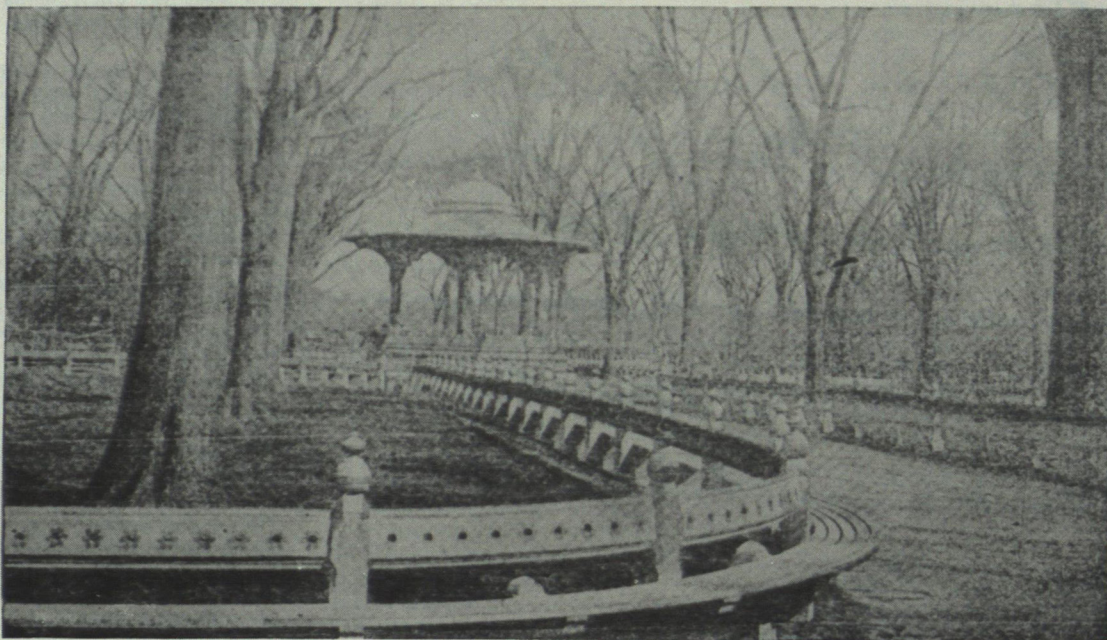
¡Adiós, tierra del cielo bendita,
Adiós, auras de amor y fragancia,
Adiós, valle feliz de mi infancia,
Adiós, techos y torres que amé!
Ya no más me verán divagando
Los senderos del bosque sombrío,
Ya no más el palmar de mi río
Ni sus tersos cristales veré.

Vén y guarda mi adiós en tu alma,
Solo bien que en el mundo me resta ;

Si repites tu amante protesta
Tal vez pueda el destino llevar.
Vén á dar acogida piadosa
Al gemido del alma doliente,
Y recibe esta lágrima ardiente
Que me arranca la vida al brotar.

Yo tal vez moriré solitario
En las rocas de extraña ribera;
Mas sabrás mi dolor cuando muera,
Mis suspiros y llanto por tí;
Que en la ola, en la brisa, en el ave.
En la pálida luz de un lucero,
Vendré á darte mi adiós postrimero
Y á rogarte que pienses en mí.

Piensa en mí cuando rase las ondas
Triste y sola fugaz procelaria:
Piensa en mí si cruzar solitaria
De una estrella la lágrima ves;
Piensa en mí cuando en lúgubres ayes
Junto á tí se desata la brisa,
Cuando venga una ola sumisa
A besar en la playa tus pies.



PASEO Y KIOSCO EN EL PARQUE CENTRAL DE NUEVA YORK

EL MISACANTANO

Desde el dichoso instante en que Dolores sintió las primeras palpitaciones del sér que llevaba en su seno, formuló el siguiente voto:

—Si Dios permite que sea varón, yo haré que cante misa.

Y comenzó allí mismo á cortar y coser unas camisitas muy primorosas, de forma ambigua, entre faldellín y alba, con puños, pechera y ruedos guarnecidos de ruchas y encajes, para las cuales preparaba también unas fajas á manera de cíngulos, completando la canastilla unos gorritos muy chicos; pero tan chicos, que más que gorros parecían solideoos.

Y se salió con las suyas Dolores; porque aquella incógnita persona para quien tales preparativos se hacían, resultó ser un muchachazo, que metido fresquetteo en el peso de las compras, hizo dar tan tremendo bajón al platillo, que la aguja marcadora, escandalizada de lo que iba á señalar, estuvo titilando, titilando, entre las diez y las once libras, hasta que al fin se fijó en mitad de ambos signos.

La comadrona, arremangados los brazos, colorada y sudorosa, volvió á sacar de la balanza al infante, y radiosa de profesional orgullo se lo entregó á Dolores con el siguiente cumplido:

—Vaya, mujer, que tienes más suerte que aquel prójimo de quien dicen que las galgas le parían lechones; y dispensa la manera de comparar. Curita lo querías, hija, y ha salido tamaño señor canónigo, con cada mofete que está pidiendo su media ración y su coro.

¡Y qué monaguillo tan lindo y simpático era á la edad de los diez y siete el tal Agustín!; porque ha de saberse que firme la madre en sus planes, le hizo dar en la pila el mismo nombre del *Aguila de la Iglesia*, no á humo de pajas, sino con la seguridad de que así ponía ella una pica en Flandes. Las muchachas devotas se encantaban viendo al mocito revestido con su sobrepelliz de blanquísimo linón, aplanchada en coquetos plieguecitos y en cuadrados historiados á la uña, por debajo de la cual mostraba sus tálares paños de los diez y siete el tal Agustín!; y ceñida la cabeza, á manera de granada mística, con el bonete escarlata. ¡Y con cuanta majestad hacía columpiar el reluciente incensario, después de avivar con su propio aliento el ardor de las resinas en el braserillo, cuyas juguetonas cadentitas, agitadas en el vaivén, mezclaban su argentino retintín á las armonías del órgano! Nadie como él para poseerse de su elevado ministerio de acólito. ¡Con qué reverencia transportaba de un atril á otro el grueso misal con

rebordes de bronce, llevándole casi abrazado, y humillando la frente é hincando la rodilla al pasar por delante del ara! ¡Con cuanta dignidad y finura levantaba, á cada genuflexión del sacerdote, el extremo de su pomposo tisú! ¡Y qué actitud tan escultural sabía tomar para el *lavabo inter innocentes manus meas*, cuando, con un pie apoyado en la tarima y el otro fijo en las losas del pavimento, echado el busto con gracia hacia atrás, vertía rítmicamente el agua de la anforita de plata en las manos del sacerdote! En tales momentos su madre que le contemplaba con los ojos húmedos de ternura, olvidábase del santo sacrificio de la misa y sólo pensaba en su Agustín querido, en cuya cabecita predestinada veía con orgullo lucir aquel pequeño disco blanco, diminuto como una oblea y en el que se fijaba sonreída, forjándose la ilusión de que la oblea se iba agrandando, agrandando, hasta tomar las proporciones de hostia, igual en tamaño y en azulina blancura á la reverenda corona del preste.

Mas ¡ay! que en el corazón de Dolores entró un día mortal zozobra. El señor cura se quejaba de que Agustín padecía distracciones irreverentes durante las divinas ceremonias. Una vez trocó el *Sicut erat* por el *Introito*; en otra ocasión se olvidó de reponer el vino en la vinajera, y por más que el sacerdote se le salían los ojos hacién-



dole señas, y por más que tosfa, y con el pié golpeaba sobre la tarima pidiéndole al niño con qué consagrar, Agustín se embelesaba mirando hacia determinado grupo de los fieles, inmóvil y sordo como las imágenes del retablo. Lo de taffer la campanilla fuera de tiempo en los tres sacramentales golpes de alzar, así como el no recoger el misal después del *ite missa est*, eran motivo para diarias amonestaciones y prolijas reprimendas. Pero lo que escandalizaba al bueno del señor cura era que en los exámenes doctrinales parecía Agustín á mil leguas de las sagradas materias que se le preguntaban, al extremo de que una vez el venerable ministro, cogiéndole en lo más profundo de su alelamiento le dijo:—¿Quién hizo el mundo, Agustín? Y él, sin salir de su éxtasis respondió suspirando: ¡Ella!

Cuando el buen párroco comunicó á Dolores estas graves noticias, la pobre mujer sintió como si la casa se le desplomase encima. Y la verdad es que se le desplomaba algo más grande que la casa: la suntuosa fábrica de sus ilusiones y ensueños.

—Por Dios, hijito; que me vas á matar si pierdes la vocación que hasta ahora te venía abriendo los caminos de la gloria. Tienes que confesarte, tienes que lavar tu alma de la suciedad que en ella ha arrojado el demonio. Porque á mí no me vengan con distracciones ni majaderías. Yo conozco las jugarretas del espíritu malo. Te ve ya, como quien dice, en la puerta del santuario, de donde á él le espantaban como á perro que es si se atreviese á penetrar, y está echa que echa basuras y porquerías en tu camino.

Con los ojos bajos y el pensamiento en otra parte recibía Agustín estas y otras semejantes homilias, que al fin terminaban con la promesa de su parte, de que pondría más cuidado en sus santas obligaciones.

Allá, en otra casa de la ciudad, acontecía algo parecido con cierta jovencita de quince, á quien su madre reprendía, aunque por contraria causa, pues habíale entrado tan hondo y tan de firme la devoción, que ya el tiempo no se dividía para ella en horas naturales como lo establece la cronología ordinaria, sino en misa de siete, misa de diez, misa de once, velaciones del monumento, vísperas, salves y viacrucis, ni más ni menos que como lo regula el cuadrante parroquial.

¡Cuando se iba á imaginar la madre de Agustín que el enemigo malo había tenido la humorada de encarnarse en la figura de tan devotísima joven! Porque no hay duda, si diablo había en la colada, el diablillo tenía que ser aquella criatura angelical, linda como un lucero, de ojos

azules y divinos, en los cuales contemplaba Agustín todas las bellezas del cielo durante sus distracciones irreverentes. ¡Qué había él de ocuparse en abrir misales de letras rojas y negras, si abierto en aquellos celestes ojos tenía perennemente un libro de los Cantares; ni cómo pensar en que dejaba de humear el incensario, si él estaba sintiendo la fragancia de aquel "manojito de mirra, de aquella "columnita de humo formada de toda especie de aromas"; ni cómo acordarse de la cancelada vinajera, cuando delante de sí tenía aquella palpitante "taza hecha á torno"; ni á qué, en fin, escanciar otro vino que aquel cuyo solo vaho embriagado le tenía, y que se destilaba por aquella boca agranada y jugosa como una "dulce uva de las viñas de Engaddi!"

Cosa más particular. En aquel año la cuaresma se vino encima cuando menos la esperaba la devotísima doncella. Pero es natural. Así vuela el tiempo para todo aquel que ha de cancelar una obligación en término prefijo. Allí, en su confesonario sentado, sorbiendo su rapé como desinfectante de los traicioneros olores del pecado, aguardaba á sus ovejas el anciano pastor; y allí tenía que ir, que no, la corderita descarriada, á humillarse, á vaciar del arca de su pecho, todos los secretos que guardaba. ¡Y qué secretos, Dios eterno! ¡Sentirse enamorada de un futuro Sacerdote; premeditar el hurto de uno de los probables florones de la Iglesia!; ¡deleitar su imaginación en un sacrilegio semejante! ¡Cómo confesar tamaño pecado sin caerse muerta á los pies del confesor? Y dado caso que tuviese fuerzas para echar fuera de su corazón la monstruosidad, ¿cómo seguir viviendo, cuando aquella monstruosidad era nada menos que su pensamiento en Agustín, y este pensamiento era toda su vida?

Temblando como una criminal se acercó por fin la joven al confesonario, púsose de hinojos, se envolvió la cabeza en el espeso manto, y en apagada voz de agonizante susurró estas primeras palabras: "Yo pecadora..."

Del otro lado del confesonario, aguardando su turno, estaba arrodillado otro penitente. Era Agustín, pálido cual la cera de los cirios, tembloroso como las metálicas hojas de las macetas del cercano altar, porque por su parte se veía también obligado á desenfundar el filo de sus pecaminosos pensamientos.

El sacerdote era, además de anciano, un poco pesado de oído; y como todos los pacientes del mismo defecto, que suponen la sordera un mal general, hablaba siempre en alta voz.

—¡Cómo!; repítame usted eso. ¿No sabes, hija,

que la madre de ese joven lo destina á la Iglesia?

Y una voccita tenue, un hilito muy delgado, así como una hebra de arafia que hablase, respondía algo que debía de ser estupendo y espantoso, pues que el sacerdote, con acento cada vez más recio y agitado, exclamaba:

—Renúncialo, renúncialo ahora mismo; restituye esa prenda que te has robado, hija, y si no lo haces en el acto te dejo sin mi absolución. ¿Pues, qué? Tu hurto es más grave que si hubieras forzado con ganzúa el Sagrario y hubieses cargado con la custodia. Ese niño pertenece ya á Dios; suéltalo, suéltalo, restitúyelo al altar á donde has venido con tus pasos contados á seducirlo y descarriarlo.

Agustín escuchaba trémulo, hecho un erizo de nervios, agolpada toda la sangre á la cabeza, dándole espantosas sacudidas el corazón. El niño había ignorado hasta entonces que era amado. La inesperada revelación que estaba oyendo operaba en él una tumultuosa y rápida transformación. Sentía correr por su cuerpo fluido viril que le ensanchaba las venas, como si le inyectaran de repente toda la vida de un hombre.

El implacable confesor seguía entretanto estrechando á la pecadora para que acabara de soltar la alhaja.

—Acabemos, hija. Ese niño no ha pensado jamás poner los ojos en tí; y si él llegara á saber que le quieres arrancar á su vocación, te maldeciría y huiría de tí como del mismo Satanás. Con que, prométeme que no lo volverás á ver más nunca. ¿Lo prometes, hija?

—Confesión!; dijo una voz del otro lado del confesonario.

—Agustín! exclamó espantado el sacerdote.

—Sí, Padre, yo soy. Acúsome, Padre, de que es

toy ena...

—Morado!, ¡endiablado! Ya lo sé; me acaba de dar la gran noticia el mismo Luzbel que te ha son-sacado y hundido en la perdición. Ay! Agustín de mis pecados. ¿No te he repetido mil veces aquello de San Pablo, cuando dice que "al hombre le sería mejor no llegar á la mujer?" Tú te has dejado robar del corazón los santos frutos de Dios. Has sido como aquel peral tentador, que con su copiosa carga hizo pecar de hurto á San Agustín. Por tu causa hay ya un alma en viaje para el infierno, y á la tuya la miro que trota por la misma vereda. Mira, Agustín, yo no puedo confesarte en este momento. Vete á la sacristía, haz penitencia mientras yo me rpongo del sofocón que me has dado. Híncate, reza más ó menos una docena de credos, desperdica tu conciencia de toda esa porquería en que apestas, y que yo te encuentre humillado y puesto en cruz.

—Lo que usted, Padre, va á encontrar en la sacristía, dijo el muchacho con atrevimiento, es el balandrán, que voy á ahorcar ahora mismo. De veras que me largo, Padre, y ahí le dejo la monaguía.

El bueno del cura creyó que aquella rabieta del insubordinado adolescente le pasaría con los doce credos; pero de que no le pasó pudo convencerse su Reverencia al entrar á la sacristía y ver colgado de un clavo del ropero el hábito de Agustín, las mangas caldas y lacias, los faldones escurridos, semejante al cadáver de un ajusticiado en la cuerda.

Agustín, el futuro florón de la Iglesia, el ornato de la parroquia, el místico ensueño de Dolores, se fué á su casa, despegado para siempre de las cosas santas, y se encerró allí sin querer salir durante tres semanas.

Este encierro fué una esperanza para la afligida Dolores; suponiendo que se lo imponía el arrepentimiento, ó la vergüenza de su fea acción.

Después se averiguó que lo que no quería Agustín era echarse á la calle antes de que le creciese el pelo de la tonsura.

EPÍLOGO.—Cuatro años después el ex-mónago conducía al altar á la bella penitente. Como Agustín no había sacado de la sacristía más capital que su entonada voz de sochantre, se echó á la Zarzuela.

Dolores, su madre, que llegó á soñar con un triunfo igual al de Santa Mónica, no le perdonó jamás el chasco que le había dado su rebelde Agustín, y solía decir á las personas que por él le preguntaban:

—Por ahí anda. No quiso cantar misa, y está cantando la palinodia.

N. BOLET PERAZA.

(De Las Tres Américas.)

PERMANENTE

EL COJO ILUSTRADO agradecerá mucho se le remitan para la publicación en este periódico, fotografías de vistas, paisajes, edificios, etc., etc., de Venezuela.

Handwritten musical score for "Ave Maria" by Franz Schubert. The score is written on three staves: a vocal line (soprano) and two piano accompaniment staves (right and left hands). The key signature is B-flat major (two flats) and the time signature is 3/4. The lyrics are in Spanish: "Gloria a ti, Dios, que estás en el cielo, bendito seas tú, que estás en las alturas." The score includes dynamic markings such as "ff" (fortissimo) and "p" (piano). The handwriting is in ink on aged paper.

[illegible][illegible]

Handwritten musical score for 'Ave Maria' by Schubert. The score is written on three staves. The top staff is for the vocal melody, the middle staff is for the piano accompaniment (right hand), and the bottom staff is for the piano accompaniment (left hand). The lyrics are written below the vocal staff. The piece is in 3/4 time, indicated by the '3/4' time signature at the beginning. The key signature has one flat (B-flat), indicated by the 'Bb' symbol. The score includes dynamic markings such as 'pp' (pianissimo) and 'f' (forte). The lyrics are: 'Ave Maria - me re van di va gan. do los sen de ba'. The score is handwritten in ink on aged paper.

..... res del los que son
 da luz de un re
 ce ro Ven crea dar te mi a dios, por tri
 ri o Vi sus
 ro ro

ratif.

[illegible]

REVISTA DE LA QUINCENA

No pertenece el asunto en que me voy á ocupar á la última quincena exclusivamente: pertenece á la penúltima y á la próxima venidera también, porque es mal de todos los tiempos y de todos los países, desde que hay en la humanidad categorías y necesidades.

Ahora, la verdad es que en los tiempos que alcanzamos y en el país en que estamos alcanzados, el asunto tiene ya sus cuatro bemoles.

No voy á decirles, señores lectores míos, así, de pronto, cuál tema es este que hace tiempo me está pidiendo por Dios un artículo. Quiero que ustedes lo reconozcan sin que yo lo nombre al empezar. Pero, permitanme ustedes que los deje solos un momento porque están llamando á la puerta, y como yo soy ahora mi propio portero, porque el isleño que me servía.....—Ya va!..... Pues el diantre del isleño, sin más allá ni más acá, me dejó solo una mañana y.....—Que ya va, he dicho!..... Disimulen ustedes, vuelvo en seguida.

Vaya, ya está quitado el cerrojo.

—Para servir á usted. ¿A quién solicita?

—A la señora.

—No está en casa.

—Entonces, volveré.

¿Qué querrá esta prójima que huele á cebolla y á ácido fénico?—Escuche usted, si quiere usted dejarla algún recado.....

—No, señor. Me habían dicho que ella buscaba una para lavar.



—¿Una para lavar?..... Ah, sí, una batea querrá usted decir.

—No, señor.

—Entonces..... (¡una para lavar!)..... Ah! Habrán dicho á usted que la señora busca otra señora á quien lavar. Es curioso.

—Tampoco es eso.

—Explíquese usted mejor.

—Me han dicho que la señora busca una..... una..... una persona que lave la ropa y.....

—Acabáramos.

—Y como la señora que cocina aquí me conoce.....

—Espere usted..... (¿De quién hablará esta mujer? ¿Qué señora será esa? ¡Corro á la cocina!)

—Señora!..... señora!

—¿A quién llama usted, niño?

—Matea, dígame usted á esa señora que no puedo consentir ni por un instante.....

para eso está usted aquí.....No faltaba más! Una señora, una linda señora (porque de seguro que es joven y bonita) llenándose de hollín y manteca, vamos, dígame usted que se deje ver.

—¿Pero que dice usted, de quién habla? Aquí la única que se llena de hollín y manteca es Matea Pérez por mar y por tierra.

—Entonces vuelvo á la puerta..... ¿Pero qué es esto? ¿se ha marchado la lavandera, digo, la persona para lavar?

Aquí estoy de nuevo con ustedes, queridos lectores: supongo que ya sabrán ustedes de qué se trata.

—Eh!..... calma, calma! ¿Qué algazara es esa, señoras lectoras; hable una primero que no puedo escucharlas á todas á la vez!

—Vamos; hable usted doña Praxedes.

—Si señor; y mucho que hablaré.

—Basta con lo necesario.

—Es que el tema es inagotable.

—Ya lo agotarán todas las demás señoras que tienen derecho de palabra y están reventando por hablar.

—Enhorabuena! Que hablen todas las que quieran; pero yo primero. Ha de saber usted que hoy no hay almuerzo en casa porque Dionisia se llevó anoche la cesta y el diario y esta mañana mandó un recado con su comadre avisándonos que tenía la *puntada* en el hígado; y la *puntada* no es otra cosa sino que hoy reza el almanaque á san Dionisio Areopagita.

—Que atroci.....

—Esto no es nada. Lo que le hizo una tal Simona á mi cuñada Casilda: ya verá usted. Casilda estaba sin cocinera, comiendo de la posada; imposible que aguantase. Cosme, su marido, no pasaba bocado, él que es tan delicado en la comida. Y ni asomos de cocinera. Se presentó Simona, aindiada, de muy buen arte, que ha estado cocinando dos años en casa de Madama Tompin y cuatro en no sé que otra parte. Cocinera de diez pesos. No lava la loza, ni carga la cesta, ni va á la plaza con menos de una libra, ni.....

—Al grano, doña Praxedes.

—Al grano voy, que no es de anís: ya verá usted. Pues Simona puso todas sus condiciones y pidió dos meses adelantados. Casilda, la pobre, convino en todo: Cosme no pasaba un bocado. Simona fué á buscar la cesta y el diario; y ojos que te vieron, paloma turca.

—¡Válgame Cris!.....

—¿Y Rufina, la que acaba de salir de casa de las Tolimas? ¡Que uñas, San Pío! Cuatro fuertes le daban para el mercado; y si usted viera la comida que ponía: por la mañana caldo de guarataros; macarrones con gorgojos, condimentados con concha de queso viejo; plátanos zocatos, fritos en tajadas con manteca rancia; y unos recortes de suela nadando en vinagre con ruedas de cebolla y que ella llamaba *bistegue*.

—Ea! Ea! Ea! Señoras, por Dios, no hablen todas á la vez. ¿Y que ademanes amenazantes son esos? ¿Tengo yo la culpa? ¡Socorro! ¡Que me creen cocinera y me matan!

Ciertamente, la cosa vale la pena de estidiarse. Allí vá una cocinera con su cesta.

¡Qué ocasión para..... nada, la sigo.

Y vá hablando sola. A ver, oigamos el monólogo.

—Y lo brava que se pone porque le llevo la carne á dos riales..... ¿Yo que voy á hacé? ¿También querrá que no coman ná los hijos que uno tiene? ¿Acaso porque



están con mi comae Fermina ella les vá á dá de comé? Mi comae Fermina los cuida. ¿Quién les dá comía y zapatos y tó? Yo que soy su mae. ¿Y conqué pago yo toíto eso, mujé de Dios? La señora me paga seis pesos y el cuarto de mi comae Fermina gana ocho. ¿De onde salen esos otros dos pesos y la lavá de los trapos míos y de los muchachos; y los zapatos, los sombreros y toíto lo demás? ¡Guá! Y asina mismo los doce riales que me quedan tos los días, entre merma y fiapas, no me alcanzan pa ná, pa ná, y pa ná. Vamo á vé: Misia Prajede me dá diez y ocho riales pa el mercado; de los diez y ocho quitamos diez que me quedan á mí. ¿Qué voy yo á comprá con ocho riales, señó? Y de eso mismo que compro con los ocho riales tengo que llevale la mitá á mi comae Fermina y los muchachos. ¿Cómo quíe la señora que lo que quede alcance pa seis personas de adentro y tres de ajuera? ¡Barajuste con Misia Prajede! Si no juera por esos diez riales y los dos de fiapas y la mitá de la comía yo no sé con qué diba yo á mantené á aquellas criaturas. Y eso que á mí naide me supirita pá cociná, que si yo juera sancochona de esas que no ganan más que cuatro pesos, ¿onde íbamos á pará?

Con estas y otras razones continúa el *cordón bleu* su soliloquio hasta llegar al mercado. Ya allí se vá en derechura al patio donde se detalla la carne, no sin detenerse cuatro ó cinco veces en el camino con otras tantas conocidas del oficio que le hablan de romería á la fiesta del niño Jesús de Petare y de los varios proyectos de pretextos para tomarse una licencia de tres ó cuatro días. A la una le dará la *puntada*, á la otra se le morirá una comadre que está para Guarenas, á la de más allá le vendrán á avisar que su *máma* está de muerte en Petaquire. Dionisia, á quien ya habrán reconocido mis lectores por lo mucho que nombra á doña Praxedes, encuentra por su parte muy oportuno poner en cama para el caso á su comadre Fermina.

Ya la tenemos enfrente de la pesa de carne donde despacha Narciso, sugeto popularísimo entre las artistas culinarias, por lo listo que es para *arreglarles* la cuenta de la carne, y por lo larga que tiene la mano para dar lo que ellas llaman *mi sábado*. Toda la grasa de que carece la carne que se vende en la pesa de Narciso parece habérsela cogido él, cuyos carrillos abultados le dan á la cara el aspecto de máscara de pila; y cuyo grosero abdomen, velado apenas por

la mugrienta camisa, desborda con pronunciada curva por sobre la pretina del pantalón cubierto en su parte delantera por remendado pañuelo de madras.



Dionisia coloca la cesta sobre el banco, desata el nudo del pañuelo donde lleva los diez y ocho reales que pone al lado de la cesta. En seguida se cubre bien la cabeza con el pañolón, el cual se cruza sobre el pecho, cerrándolo debajo de la barba y sujetándolo luego las puntas con los codos, hecho lo cual se encara con Narciso y exclama:

—Vamo á vé

—Arza! contesta Narciso.

—¿A cómo está la carne?

—A real y medio.

Dionisia medita: Misia Prajede me encargó tres libras, si las llevo á dos reales son seis reales: le compro á Narciso dos libras y media que me las dá por tres y medio.

—Arza! Repite Narciso dando un golpe con el mango del cuchillo sobre la plancha de zinc que cubre la mesa del banco.—¿Cuanta carne quieres?

—Dos libras y media de solomo; pero no traigo más que tres y medio pá carne.

—Uva!

Narciso pesa dos libras justas, dejando la media para abonar su valor á la cuenta de rebajas, sábados y fiapas; y de una vez separa otra media libra é introduce ambos pedazos en la cesta á tiempo que Dionisia retira del dinero una peseta y dos



cuartillos que guarda, atándolos en la punta del pañuelo con el nudo consabido. El resto del dinero lo pone dentro de la cesta.

De allí pasa Dionisia al puesto de verduras donde está amarchantada. Allí llega con gesto de mal humor: no le gustan los isleños por lo avaros. Aquella Doña María dá muy poco sábado y es muy reparona.

—Qué quisté hoy? Pregunta la canaria.

—Agualde que estoy echando la cuenta.

Medita: Misia Prajede me manda comprá dos reales de recaó. Güeno, compro catolce centavos.

Los compra y añade seis centavos á lo contenido en el nudo y sigue; y la cuenta se repite en donde quiera que compra, hasta que, creciendo siempre el nudo, llega á contener los diez reales de que hablaba Dionisia en su monólogo.

Antes de regresar á la casa se deja correr por casa de su comadre Fermína, donde deja todos los apartados hechos en las diferentes compras, de suerte que cuando Doña Praxedes la vé entrar á las diez y media, exclama en el colmo de la impaciencia.

—Mujer! ¿Cuándo almorzamos hoy?

—Guá! Asina que esté el almuerzo.

—Vamos. Dame la cuenta.

Aquí se efectúa una escena digna de la pluma de Bolet Peraza.



Doña Praxedes se sienta junto á la mesa de la cocina dando un profundo suspiro. Dionisia saca con lentitud y en silencio todo el contenido de la cesta y lo dispone por grupos sobre la mesa, ante los atónitos ojos de Doña Praxedes que no puede comprender cómo diez y ocho reales apenas han alcanzado para comprar un diminuto pedazo de carne negra y flaca, un puñado de legumbres, un manojito de yerbas, un paquetito de granos y dos plátanos *sorochos*.

Antes de empezar la entrega de la cuenta, Dionisia repasa ésta mentalmente con calma, colocando la mano sobre los diversos grupos de comestibles, hasta que, ya segura de no equivocarse, dice con aplomo.

—Seis reales de carne, dos de recaó, etcétera, etcétera.

Doña Praxedes respira de nuevo con más fuerza al terminar la cuenta, y se resigna: peor es quedarse sin cocinera. ¿Quién encuentra después otra? Siquiera ésta no bebe, ni tiene mal modo. (Ya se ve, nadie la molesta). Ni tiene tan mala sazón.

Para este momento tiene reservado Dionisia el siguiente discurso que pronuncia indefectiblemente todos los días en la propia ocasión:



—Naide se figura lo caro que está tó en el mercao. La carne no se diga: ni guesos se pueen comprá pa el cardo. Y eso que yo no soy de las que le compran siempre al mismo, sino que ando tuitica la plaza buscando á vé onde jallo las cosas más baratas. Pero ni de chiripa encuentra uno quien le quíá da ná una seña menos. Y luego tan descaso tó que da pena. Yo no silvo pa esto! Asina digo tos los días ¿qué pensará misia Prajede, señó? Si yo juera una de esas que no les da vergüenza ná; pero yo soy al revés; yo me consumo porque no quisiera presentame aquí con esa miseria de comía. ¿Acaso yo no sé lo trabajoso que es ganá los reales? ¿No veo yo á su marío de usted, misia Prajede, cómo suda pa trái comía á su casa? Y toíto pa ná, porque los reales no alcanzan y tó paece que lo dan de limosna? ¿Cómo no me voy á mori de pena? Er día menos pensao de la cocina y me pongo á lavá ó á tendé arepa, porque, yo se lo digo á usted misia Prajede: yo no silvo pa pasá estas penas. No silvo y no silvo y no silvo.



Con lo que Doña Praxedes se da á pensar que, naturalmente, Dionisia sí sisará, pero es preciso confesar que también todo está muy caro. Si no fuera así, aunque Dionisia se llevara su medio ó su real, el diario alcanzaría. Suspira por tercera vez y reza una salve para que no se le vaya Dionisia, porque, ¿quién encuentra después otra?

NUESTROS GRABADOS

Panteón Nacional.—Caracas

En la página 445 publicamos una vista de la fachada gótica del Panteón. ¿Quién no se siente poseído de profundo patriótico respeto á la vista del edificio donde duermen el sueño de la gloria nuestros grandes hombres?

A ese templo de la inmortalidad debieran ir siempre los hijos de la patria para confortar sus almas é inspirarse en el recuerdo de tanto noble ejemplo.

La Sacra Familia

Holgarían los comentarios y hasta el decir el nombre del autor del cuadro que aparece en la página 447. Sólo diremos que es propicia la ocasión de estar próximo el día de Navidad para recordar las grandes obras de arte que conmemoran el advenimiento del Mesías.

Casa número 9.—Sur 5

En la página 439 del número anterior, dimos la explicación del grabado de aquella casa, dibujo de la pluma del amigo señor F. Davegno; pero por un contratiempo en el momento de imponer el periódico, dejó de salir aquel grabado, el cual verán nuestros lectores en la página 449 del presente número.

D. Luis Cordero

Véase lo que en la página 452 publica la Dirección sobre el apreciable caballero cuyo nombre precede á estas líneas.

Autógrafos de Víctor Hugo y César Cantú

Damos muy expresivas gracias á nuestro amigo el señor General Jacinto R. Pachano por haber tenido la bondad de facilitarnos, para tomar copias fotográficas, los autógrafos de Víctor Hugo y César Cantú que publicamos en la página 457. Muy justa tiene que ser la satisfacción con que el señor General Pachano leerá siempre esas cuatro líneas donde está consignado el voto de dos colosos del siglo sobre el autor de la interesante obra á que se refieren.

Das Ross ist des Königs, der Reiter ist mein

"El soldado es del Rey, el galán es mío." Traducción libre. Si no tiene gracia el título en alemán para el que no conoce la lengua de Schiller y de Goethe, la composición sí la tiene para todo el que tenga ojos y buen gusto. Véase cómo ha pasado el artista insensible y gradualmente del rudo y formidable caballo á la cesta de delicadas flores por medio de un bien hallado enlace artístico de las figuras.

Música.—Barcarola, por la señorita Adina Manrique.—Vals, por Francisco de P. Magdaleno

Con dos composiciones musicales de diverso género, obsequiamos hoy á nuestros abonados haciéndoles partícipes del obsequio que á nuestra vez hemos recibido de los autores.

Es la primera de dichas composiciones una barcarola que la señorita Adina Manrique dedica á la señorita María Luisa Saluzzo. Esta pieza, así como las que ya hemos publicado de la inteligente señorita Manrique, acredita su ingenio artístico que es una flor más en la corona con que las gracias ciñeran sus sienes.

Al maestro Magdaleno que tanto se distingue en el género de valse de salón, agradecemos el que nos haya obsequiado con el que se publica hoy, composición que, estamos seguros, habrá de gustar mucho á todos los amantes del baile y de la música.

Vistas de Carúpano

Con las vistas de Carúpano que hoy publicamos en las páginas 449, 451 y 452 aumentamos el número de las que han aparecido en este periódico de aquel importante puerto de la República.

Después del tetero.—Dibujo de Eugenio Méndez y Mendoza

Damos expresivas gracias á nuestro corredactor, señor Eugenio Méndez y Mendoza por el bonito dibujo de pluma con que nos ha favorecido para el presente número y que se verá en la página 454.

El señor Méndez y Mendoza nos pide hagamos constar que amante de las artes como es dedica al dibujo algunos ratos de vagar, sin que el hecho de facilitarnos de vez en cuando algunos de sus ensayos para presentarlos en nuestras páginas, signifique otra cosa que demostración de simpatía por este periódico visto siempre por él con afecto especialísimo.

Para la cabeza de bebé sirvió de modelo á nuestro amigo la de su hijo primogénito, después de haber éste consumido su ración de leche matutina.

Paseo y Kiosco de la Plaza Central de New-York

A la colección de fotografías que debemos á la bondad del señor Jacobo de Pool, pertenece la que reproducimos en la página 458. Damos nuevamente las gracias al atento caballero.

Primera Rifa.—Cuadro por Corelli

Han reñido, pero la reconciliación no se hará esperar y el centro del escaño será teatro de una escena muy distinta de la que ahora se verifica en los extremos.—Así sea!

El Misacantano

Corresponde el grabado que publicamos en la página 459 al artículo del señor Nicanor Bolet Peraza que con el mismo título aparece en el presente número. Léase esta interesante producción de aquel inagotable y chispeante ingenio.

Maracaibo.—Templo de la Inmaculada Concepción

Llevamos ya publicadas varias vistas de Maracaibo con la que aparece en el presente número. Véase lo que de ellas hemos dicho en nuestros sueltos anteriores.

Vista panorámica de París

Muchas son las vistas de la gran metrópoli francesa que aparecen diariamente, reproduciendo con mayor ó menor fidelidad el grandioso aspecto de aquella ciudad mundo, productiva de bienes y de males por igual, punto de mira y dorado ensueño de todos los habitantes civilizados del planeta. Una de las vistas que mucho nos satisfacen por varios respectos es la que reproducimos en la página 465, y en la que figuran en primer término vartos conocidos edificios de importancia.

EPITALAMIO

Nuestro muy querido amigo el señor Dr. José Manuel de los Ríos Llamozas, acaba de contraer matrimonio con la bella señorita Mercedes Rubín y Amestoi. Pertenecen ambos á familias muy distinguidas de esta sociedad que han visto con justo regocijo verificarse esta unión á la cual todo presagia perdurable dicha: profundo afecto mutuo; inteligencia, saber y caballerosidad perfecta en él; eximias virtudes en ella. Nos unimos al regocijo de ambas familias y hacemos votos por la completa dicha de los nuevos esposos.

ISABEL VELUTINI

En las horas más risueñas de la vida, aquellas en que se siente la fruición de los afectos y baña lumbre de oro y rosa cuanto cerca á la criatura, principalmente cuando es ésta la mimada niña del hogar; en esas horas sorprendió la muerte á la señorita Isabel Velutini para llevar un ángel más á las celestes gerarquías y dejar doir inextinguible en el corazón de amantes padres. Reciban ellos y los deudos de la señorita Velutini nuestro sentido pésame.

BERNARDINA R. DE PAUL

También ha muerto esta respetabilísima matrona, viuda del inolvidable Doctor José de Jesús Paul, dejando en pos de sí como recuerdo y muestra de las virtudes en que se inspiró para llenar cumplidamente sus augustos deberes, una familia que es ornamento de la sociedad y á la cual deseamos llegue esta sincera expresión de nuestra pena.

EL PESCADOR DE ISLANDIA

Conclusión

Traía en la mano un cirio para dejarlo en el altar de la Virgen.

Gaud no había querido apelar á aquel recurso extremo de las mujeres desoladas. Pero sin decir nada, entró en la capilla detrás de Fante, y las dos se arrodillaron juntas, como dos hermanas.

Empezaron sus plegarias, ardientes, dichas con toda el alma, á la Santa Virgen, Estrella del mar. Y bien pronto no se oyó más que el ruido de sus sollozos confundidos, y sus lágrimas regaron abundantemente el suelo de la capilla.

Levantáronse al cabo de una hora, más tranquilas, más confiadas. Fante ayudó á Gaud, que vacilaba, y ambas se abrazaron estrechamente.

Y luego, después que hubieron enjugado sus lágrimas, arreglados sus cabellos y limpiado un poco sus faldas llenas de polvo, las dos tristes mujeres se marcharon sin decirse una palabra, cada una por distinto camino.



XXXVIII

Aquel final de Septiembre se parecía á otro verano, aunque más melancólico. Hacía tan buen tiempo, que sin las hojas secas que tapizaban los caminos, hubiérase dicho que era el alegre mes de Junio. Los esposos, los prometidos, todos estaban de vuelta en sus hogares, y por doquiera reinaba la alegría de una segunda primavera de amor.

Un día, en fin, el vigía anunció que se divisaba al largo uno de los barcos de Islandia que estaban en retraso. ¿Cuál sería?.....

No tardaron en formarse grupos de mujeres, mudas, ansiosas, sobre las rocas que dominan el mar.

Gaud, temblorosa y pálida, estaba allí también, al lado del padre de Juan.

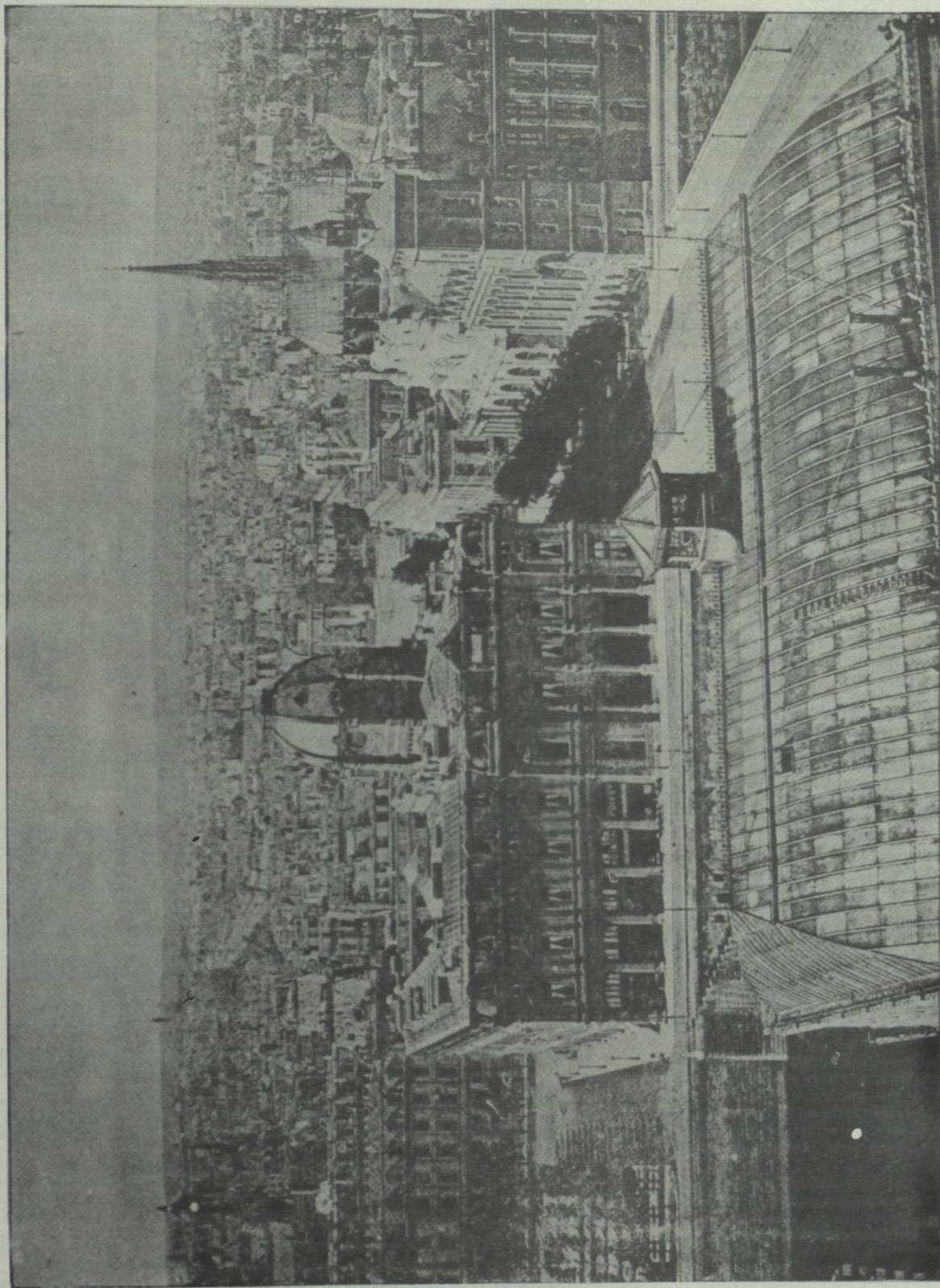
—Creo que son ellos—decía el viejo pescador,—estoy casi cierto de que son ellos. Si no son, es un barco que se parece muchísimo. ¿Qué opinas tú, Gaud? Pero no—prosiguió al cabo de unos instantes, con marcado desaliento;—la proa de ese barco no es como la de la *Leopoldina*, y la mesana tampoco me parece la misma. Debe ser la *María Juana*. Pero ellos no deben tardar, hija mía; los tendremos aquí de un día á otro.

Y los días venían después de los días, y las noches sucedían á las noches con una tranquilidad inexorable, sin que se supiera de la *Leopoldina*.

Gaud continuaba cuidando su tocado, más bien por el constante miedo de parecerse á la viuda de un naufragio, exasperándose cuando las otras mujeres tomaban con ella un aire de compasión y de misterio; apartando los ojos cuando se las encontraba, para no tener que soportar aquellas miradas que la helaban.

Ahora había tomado la costumbre de irse desde por la mañana á lo último de la costa, sobre las rocas de Pors-Even, pasando por detrás de la casa paterna de Juan, para no ser vista por la familia de éste. Allí se pasaba la mayor parte del día, sentada al pie de una gran cruz aislada, que domina los lejos inmensos de las aguas.

Hay allí por todas partes de esas enormes cruces de granito que se erigen sobre las rocas avanzadas del país, como pidiendo perdón; como para apaciguar á la gran cosa movable, misteriosa, que



VISTA PANORÁMICA DE PARÍS

atrae á los hombres á su seno y no los devuelve, guardando para ella con preferencia los más valientes y los más jóvenes.

En derredor de aquella cruz de Pors-Even había las landas eternamente verdes, tapizadas de cortos juncos. A aquella altura, el aire del mar era muy puro, y estaba deliciosamente impregnado de los olores de las hierbas marinas.

El mar tenía á lo lejos el brillo y la tersura de un espejo. Del fondo de todas las bahías subía un rumor de caricia, una sensación de lejanías tranquilas, de profundidades suaves. El gran sepulcro azul, tumba de los marinos, guardaba su misterio impenetrable, mientras las débiles brisas paseaban el perfume de las florecillas nacidas al calor del último sol de otoño.

A ciertas horas regulares el mar bajaba formando grandes manchas como si lentamente se vaciase, para volverse á llenar con la misma lentitud en el eterno vaivén de las aguas, sin curarse para nada de los muertos.

Y Gaud, sentada al pié de la cruz, permanecía en medio de aquellas inmensas tranquilidades, hasta que la caída de la noche le impedía ver á lo lejos.

Septiembre llegó á su fin.

Ya Gaud no tomaba casi alimento, ni dormía. Se estaba acurrucada en casa, con las manos entre las rodillas y la cabeza apoyada en la pared. ¿Para que el cuidado cotidiano de acostarse ni levantarse? Cuando se sentía demasiado fatigada, se echaba en la cama, sin quitarse el traje. Sentía constantemente un frío intenso que le hacía rechinar los dientes, y aquella impresión de un círculo de hierro que le apretaba las sienes. Otras veces sentía fiebre, y de su garganta salía un gemido ronco que se repetía largo tiempo, inconscientemente. En ocasiones, empezaba á llamar á su marido por su nombre, tiernamente, como si estuviera á su lado, y le decía mil cosas tiernas de mujer enamorada.

No tenía ya la noción de los días: no quería saber cuánto tiempo había pasado desde que Juan podía estar de vuelta.

Generalmente, cuando ocurre un naufragio se tiene algún indicio de él: un barco ha encontrado algún destrozo del buque: algún cadáver flotando sobre las aguas: algo, en fin, que indique el siniestro. Pero de la *Leopoldina* nadie sabía nada. Los de la *María Juana*, los últimos que la habían visto el 2 de agosto, decían que había debido remontarse más hacia el Norte á continuar su pesca. Después empezaba el misterio impenetrable.

¡Esperar siempre! ¿cuándo llegaría el momento en que ya le fuera imposible esperar? Casi prefería la horrible certeza á aquella existencia de ansiedad infinita.

¡Oh! ¡Si había muerto, que tuvieran al menos la piedad de decirselo!

Quisiera ella que la Virgen, á quien tantas plegarias fervientes había elevado, le comunicase el don de la doble vista para distinguir á su Juan, vivo, maniobrando en su barco para volver á puerto, ó bien su cuerpo inanimado en el fondo del mar....

¡Quería saber, quería estar segura de algo!

Algunas veces surgía en ella el sentimiento de una vela que aparecía en el fondo del horizonte: ¡la *Leopoldina* que estaba á la vista, navegando á todo trapo para llegar más pronto! Entonces hacía un movimiento irreflexivo para levantarse, para correr á las rocas de Pors-Even, á ver si era verdad.... Pero un momento después volvía á caer aniquilada en la silla. ¿Quién sabía dónde estaba la *Leopoldina*? Sin duda allá bajo, en aquella espantosa lejanía de la Islandia, abandonada, triturada, perdida para siempre....

Y sus soliloquios concluían siempre por aquella visión fatídica, siempre la misma: un casco de buque hecho pedazos, mecido por un mar silencioso de color gris rosa: arrullado lentamente, sin ruido, con una suavidad extrema por terrible ironía, en medio de una gran calma de aguas muertas.

XXXIX

Daban las dos de la madrugada.

Por la noche, especialmente, era cuando Gaud prestaba mayor atención al menor ruido exterior, tendiendo el oído con dolorosa ansiedad al más insignificante rumor desacostumbrado.

Aquella noche, como las otras, con las manos cruzadas sobre las rodillas y los ojos abiertos en la obscuridad, escuchaba el ruido perpetuo que el viento hacía en la landa.

VIOLET FRÈRES
THUIR (Pyrénées-Orientales) FRANCIA

Casa única para el **BYRRH** Con Vino de Málaga

El **BYRRH** es una bebida cuyas virtudes tónicas no se necesita indicar.

Hecio con vinos añejos de España especialmente generosos, puesto al contacto de sustancias amargas inteligentemente escogidas, contiene todos los principios de estas sin tener sobre el estómago la acción nociva del alcohol que hace la base de la mayor parte de las especialidades ofrecidas al público.

Es a la vez gustoso y absolutamente irreproachable al punto de vista higiénico.

El **BYRRH** puede tomarse á todas las horas: la dosis de un pequeño vaso de Burdeos como tónico; mezclado con agua en vaso grande, como bebida de refresco.

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS 1889
MEDALLA de ORO (la mas grande recompensa concedida)
En CARACAS: G. STURUP Y C^{ia}, Suc^{os} y en las buenas Casas.

Inyeccion Cadet

LA MAS CONOCIDA

EN

todo el Mundo

PARA CURAR

EN TRES DIAS

sin otro alguno medicamento y sin temor de accidentes.

PARIS — 7, Boulevard Denain, 7 — PARIS

DEPOSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS

PERFUMERIA ORIZA
L. LEGRAND
11, Place de la Madeleine, 11
PARIS

ULTIMAS CREACIONES

Productos

DATURA INDIEN

al

Esencia. DATURA INDIEN
Polvo de Arroz. DATURA INDIEN
Jabon. DATURA INDIEN
Agua de Tocador. DATURA INDIEN
Aceite. DATURA INDIEN

Sachets Oriza Solidificados
ELEGANTES TABILLAS
16 OLORES EXQUISITOS.

EN TODAS LAS PRINCIPALES CASAS DE LA SUR-AMERICA.

Aceite de Hígado de Bacalao

DEL

DOCTOR DUCOUX

Iodo-Ferruginoso,
al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga

Los Médicos no vacilan en dar la preferencia, cuando se trata de curar las

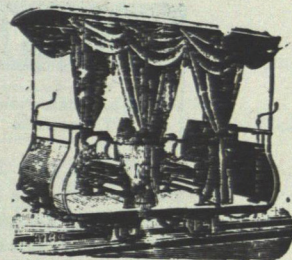
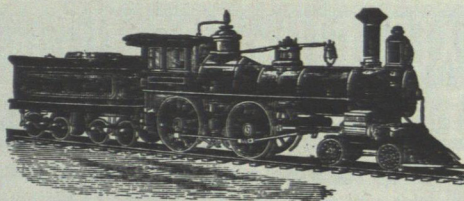
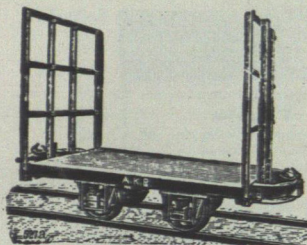
ENFERMEDADES DE PECHO
LAS ESCRÓFULAS, EL LINFATISMO
LA ANEMIA, LA CLOROSIS, etc.,

al ACEITE de HÍGADO de BACALAO del Dr DUCOUX, Iodo-Ferruginoso, al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga, porque no tiene esta preparación ningún sabor desagradable y porque su composicion la hace sumamente tónica y fortificante.

Depósito General: 7, Boulevard Denain, en PARIS

Se halla en todas las principales Farmacias y Droguerías del Universo.

Desconfíese de las FALSIFICACIONES é IMITACIONES



ARTHUR KOPPEL

FABRICA DE FERROCARRILES PORTATILES Y FIJOS

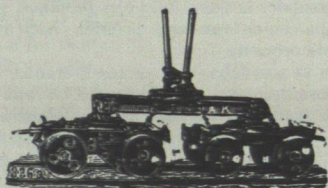
BERLIN, BOCHUM, CAMEN

FUNDICION DE ACERO EN WOLGAST

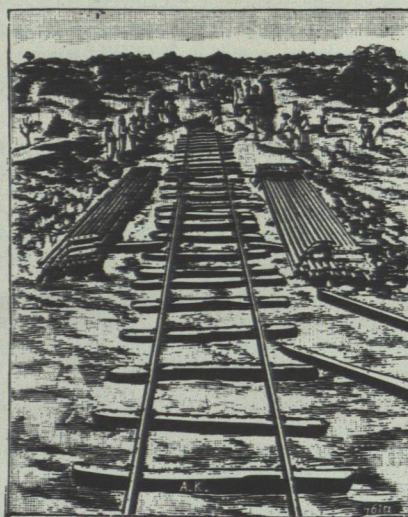
SUCURSAL EN LAS PRINCIPALES CAPITALES DEL MUNDO

MATERIAL

para ferrocarriles y tranvías.—Nuevo sistema de rails acanalados para tranvías.—Rails ligeros y durmientes de acero.—Cambios de vía.—Plataformas giratorias.



Especialidad para instalaciones en haciendas de caña, café y cacao



500

modelos de ruedas de acero.—Wagonetas y carros volcadores.—Coches para tranvías.—Locomotoras.—Puentes y materiales para puertos y estaciones.



Indispensable para minas, todo género de construcciones y grandes empresas

PRESUPUESTOS DE GASTOS Y CATALOGOS GRATIS

Exposición permanente de todo el material en miniatura, en esta sucursal:

OTTO NATHANSON

Caracas, Este 4, número 14 — (Traposos à Chorro)

Agente para Caracas y Estados limítrofes:—ALFREDO JAHN

Caracas, Balconcito al Truco, número 44.—Ingeniero para oficinas de caña y café y toda clase de maquinaria, puentes y techos de hierro.

Agentes en el Zulia y Estados contiguos:—BECKMANN Y ANDRESEN—MARACAIBO

Súbitamente, los pasos de un hombre que marchaba precipitadamente por el camino interrumpieron el silencio. ¿Quién podía transitar por aquel sitio, á semejante hora? Gaud se irguió sobre su lecho, sintiéndose inmutada hasta el fondo del alma y suspendidos los latidos de su corazón.

Alguien se detenía delante de la puerta.....subían los pequeños escalones de piedra.....

¡El!..... ¡oh dicha del cielo, el!..... Habían llamado.....

¿Quién podía hacer más que el tan ansiosamente? Ella, tan débil desde hacía tiempo, saltó de la cama al suelo con la agilidad de un gato. Sin duda la Leopoldina había llegado de noche y echado el ancla enfrente, en la bahía de Pors-Even: á Juan le había faltado tiempo para echar al agua la lancha y saltar en tierra.....Estas imaginaciones atravesaban su cerebro con la velocidad del relámpago, mientras sus manos se desgarraban en los clavos

de la puerta, en su rabia por descorrer el cerrojo, que estaba muy premioso.

.....

—¡Ah!—exclamó con acento de decepción indefinible.

Y luego dió unos cuantos pasos hacia atrás, lentamente, aniquilada del todo, con la cabeza caída sobre el pecho.

Horrible el despertar de aquel hermoso sueño de un instante.

El que llamaba era Fantec, su vecino..... Gaud se sintió de nuevo violentamente sumergida en el negro abismo de antes; en el fondo de la misma espantosa desesperación.

El pobre Fantec se excusaba como podía de haberse atrevido á molestar á hora tan intempestiva: su mujer estaba peor, y para colmo de males, su niño se ahogaba en la cuna, atacado de un violento

mal de garganta. Por eso se veía en la necesidad de solicitar el auxilio de sus vecinas, mientras él iba á Paimpol á buscar al médico.

¿Qué le importaba á ella semejante historia? La intensidad de su propio dolor la hacía insensible y dura hacia las penas de los demás. Desplomada sobre un banco, permanecía ante él con los ojos fijos, como una muerta, sin contestarle ni escucharle apenas. No le interesaban las cosas que aquel hombre le refería.

Fantec comprendió de pronto la situación: advinó por qué le habían abierto en seguida y con tal anhelo, y se sintió lleno de piedad por el mal que involuntariamente había causado. El pobre hombre balbuceaba:

—Es cierto, no he debido molestaros, señorita Gaud.

—¡A mí!—respondió Gaud vivamente—¿y por qué nó á mí, Fantec?

VINO CON EXTRACTO DE HIGADO DE BACALAO

CHEVRIER

Véndense en todas las principales Farmacias y Droguerías.

Depósito general: PARIS 21, Faubourg Montmartre, 21

El VINO con Extracto de Hígado de Bacalao, preparado por Mr. CHEVRIER, Farmacéutico de 1^a clase, en Paris, contiene, á la vez, todos los principios activos del *Aceto de Hígado de Bacalao* y las propiedades terapéuticas de las preparaciones alcohólicas. Es precioso para las personas cuyos estómagos no pueden soportar las sustancias grasas. Su efecto, como el del *Aceto de Hígado de Bacalao*, es soberano contra la *Escrófula*, el *Raquitismo*, la *Anemia*, la *Clorosis*, la *Bronquitis* y todas las *Enfermedades del Pecho*.

VINO CON EXTRACTO DE HIGADO DE BACALAO CREOSOTADO

CHEVRIER

Depósito general: PARIS 21, Faubourg Montmartre, 21

Véndense en todas las principales Farmacias y Droguerías.

La CREOSOTA de HAYA paraliza al trabajo destructor de la *Tisis pulmonar*, por que ella disminuye la expectoración, despierta al apetito, hace que la fiebre decaiga y suprime los sudores. Sus efectos, combinados con los del *Aceto de Hígado de Bacalao*, hacen que el VINO con Extracto de Hígado de Bacalao Creosotado, de CHEVRIER, sea el remedio, por excelencia, contra la *TISIS* declarada ó inminente.

Aquella salida brusca era porque continuaba en su idea predominante de que no quería que los demás la tomaran por una mujer que había perdido toda esperanza. La compasión de los otros, agravando su horrible presentimiento, la causaba un daño indecible.

Y luego, á su vez, ella se sentía invadida de piedad por el buen Fantec, que atravesaba un momento tan crítico, y se vistió para seguirle y cuidar de su mujer y de su hijo mientras él iba á buscar al médico.

Cuando volvió á su casa, cerca de las cinco de la mañana, el cansancio le procuró un momento de sueño reparador. Aquel minuto de alegría inmensa que había sentido al oír los pasos precipitados que se acercaban á su puerta, había dejado en su cabeza una impresión tan fuerte, que á pesar del desengaño sufrido, era persistente; así fué que, á poco de quedarse dormida, se despertó por una violenta sacudida moral, al recuerdo de alguna cosa muy grata.... Algo había de nuevo, concerniente á su esposo.... en medio de la confusión de sus ideas, buscaba en el caos de su imaginación qué era aquello cuya noción vaga la arrancaba al sueño..... Pero no, no era lo que ella se había figurado; era Fantec que había venido á pedirle su auxilio!

Y por segunda vez cayó en el fondo de aquel abismo negro que la asustaba. No; en realidad, no había variación alguna en su larga agonía sin esperanza.

Y sin embargo, haberle sentido tan cerca en espíritu, era como si algo emanado del ausente hubiese venido á flotar en torno de ella; era lo que en el país bretón se llama *el signo*. La pobre Gaud escuchaba todavía con más ahínco que antes los ruidos exteriores, presintiendo la llegada de alguien que iba á hablarle de él.

En efecto, cuando fué de día claro se presentó el padre de Juan. El anciano, quitándose su gorro y echando hacia atrás sus cabellos blancos, rizados como los de su hijo, tomó una silla y se sentó al lado de la cama de Margarita.

También él tenía el corazón angustiado, porque su hijo mayor era su preferido, la gloria de su existencia. Pero no desesperaba todavía, ó al menos así lo aseguraba, y trató de tranquilizar á su nuera, alegando que los que habían llegado últimamente de Islandia hablaban todos de brumas densísimas, que muy bien podía ser causa del retardo de la *Leopoldina*. Además, creía firmemente en la posibilidad de una escala en las islas Feroé, que son unas islas lejanas, de donde las cartas tardan mucho tiempo en llegar: él mismo había tenido que hacer escala en ellas, unos cuarenta años antes, y su difunta madre había hecho decir misas por su alma, creyéndole perdido. ¡Cómo! ¡Temer por la *Leopoldina*, un barco tan bueno, tripulado por los mejores marineros de Pors-Even!....

La pobre abuela Moan andaba al rededor de los dos interlocutores, meneando la cabeza: la aflicción en que veía á Gaud parecía haberle devuelto la fuerza física y la lucidez de sus ideas, y ella sola atendía ahora á todos los quehaceres domésticos.

No; desde que el oficio de marinero le había arrebatado á su querido nieto Silvestre, la abuela Moan había dejado de creer en los marineros que vuelven á sus hogares tras de una larga ausencia. Ya no dirigía plegarias á la Virgen sino por miedo, poseída de un especie de resentimiento hacia la potencia misteriosa que no había preservado al ser querido.

Gaud escucha ávidamente las cosas consoladoras que le decía el señor Gaos, y sus ojos abatidos contemplaban con profunda ternura al buen anciano, en quien creía ver la imagen de su amado: sólo el verle allí á su lado parecía una protección contra la muerte, y se sentía más tranquila, más esperanzada. Sus lágrimas corrían silenciosas y dulces, y recitaba mentalmente sus más ardientes oraciones á la Virgen, Estrella del mar.

Una escala en las islas Feroé, tal vez para reparar gruesas averías, no tenía, efectivamente, nada de imposible. Sin duda, todo no estaba perdido, puesto que el padre de Juan conservaba esperanzas. Margarita, más serena, volvió á recobrarlas por algunos días.

Era ya el pleno otoño, con sus lúgubres entradas de la noche, que desde bien temprano envolvía en la oscuridad la vieja cabaña y todo el país bretón.

Los días mismos no parecían ser más que crepúsculos, inmensas nubes que pasaban lentamente venían de pronto á ennegrecer la luz del mediodía. El viento bramaba incesantemente, fingiendo un ruido lejano de grandes órganos de Iglesia que entonaban músicas desesperadas.

Margarita estaba espantosamente pálida, y su talle iba encorvándose como si la vejez la hubiese ya tocado con sus alas sin plumas. Su único consuelo era andar con las ropas de Juan; plegar y desplegar como una maniática los pantalones y las chaquetas, sobre todo una camiseta de punto de lana que había guardado la forma de su cuerpo: cuando la ponía cuidadosamente sobre la mesa, la camiseta dibujaba por sí misma la musculatura del pecho y de los hombros de su dueño. Por último Gaud concluyó por colocarla aparte en una tabla del armario, sin atreverse á tocarla más, por miedo de que perdiera aquel modelado para ella tan precioso.

La idea de aquellas islas lejanas donde la *Leopoldina* podía haber hecho escala forzosa, se había arraigado fuertemente en su espíritu.

Todavía aguardaba.

XL

Juan no volvió jamás.

Una noche de agosto, allá abajo, al largo de la sombría Islandia, se habían celebrado sus bodas con el mar, en medio del ruido de los elementos desencadenados.

Sí, con el mar, que había sido como su nodriza ella era la que le había mecido cuando niño; ella la que le había hecho adolescente fuerte y robusto. Y luego le había tomado para ella sola, enamorada de su virilidad de hombre. Un profundo misterio había rodeado aquellas bodas monstruosas. Hubo

un baile de velas oscuras que danzaban sobre las crestas veídas de las olas, ocultas por cortinas móviles y atormentadas, tendidas en el cielo como para esconder la fiesta á los ojos profanos, y la novia bramaba con su voz más potente, haciendo de espantable orquesta.

Juan se acordaba en el tremendo trance, de Gaud, su esposa de carne, y se defendió en una lucha de gigante contra la horrible novia. Resistió hasta el momento en que, agotadas sus fuerzas, se abandonó abriendo los brazos para recibirla, con un gran grito profundo como el bramido de un toro; llena ya la boca de agua, y con el cuerpo rígido para siempre.

Y, por extraña coincidencia, asistieron á sus bodas con el mar todos sus antiguos compañeros de la *Maria*, á quienes pocos años antes había convidado á ellas. Todos, excepto el pobre Silvestre, que dormía el sueño eterno en los jardines encantados, á la sombra de árboles vistosos, allá muy lejos, al otro extremo de la tierra.

FIN

RECETAS UTILES

Tomamos de la *Semaine Médicale* de París fecha 5 de Julio próximo pasado:

NUEVO TRATAMIENTO DEL REUMATISMO AGUDO.

Mr. Bourget comunica el resultado de los numerosos experimentos que ha llevado á cabo relativamente á la absorción por la piel, sin fricciones energéticas del ácido salicílico prescrito bajo forma de una pomada con que se unta simplemente las grandes articulaciones, envolviéndolas luego con franela.

La dificultad consistía en encontrar un vehículo que llevaría rápidamente el ácido salicílico á la corriente sanguínea.

He aquí cuatro fórmulas distintas que llenan el objeto deseado:

- | | |
|---------------------------------------|---------------|
| 1 ^a Acido salicílico . . . | 10 gramos. |
| Glicerolado de almidón . . . | 90 " |
| 2 ^a Acido salicílico . . . | 10 gramos. |
| Vaselina | 90 " |
| 3 ^a Acido salicílico . . . | 10 gramos. |
| Manteca de cerdo . . . | 90 " |
| 4 ^a Acido salicílico . . . | aa 10 gramos. |
| Lanolina | |
| Escencia de trementina . . . | |
| Manteca de cerdo . . . | |

Desde hace dos años, todos los enfermos atacados de reumatismo agudo, reunidos en el servicio del Dr. Bourget, han sido tratados exclusivamente por medio de la pomada salicílica al tenor de la cuarta fórmula; ninguna otra preparación salicílica ha sido administrada interiormente; los resultados obtenidos son en verdad notables: el dolor queda suprimido desde las primeras horas que siguen á la aplicación de la pomada la hinchazón disminuye en general á partir del segundo día, la fiebre remite completamente del terreno al quinto día; por último el empleo de este método no da lugar nunca á accidente alguno, como los que se observan con las preparaciones salicílicas dadas por la boca.